



Gabriele D'annunzio

La Ciudad Muerta

Comentario [LT1]:

Drama en cinco actos, el segundo dividido en dos cuadros

Índice

Dramatis personae.....	1
Acto I	3
Acto II	20
Acto III.....	38
Acto IV.....	53
Acto V	64

Dramatis personae

Ana, ciega.

Blanca María.

Alejandro.

Leonardo.

La nodriza.

La acción tiene lugar en la casa donde habitan los cinco personajes y en la Fuente Perseia, cerca de las ruinas de Micenas, "rica en oro".

Acto I

Una sala amplia y clara con una galería abierta que domina la antigua ciudad de los Pelópidas. Sobre el fondo, se divisa la Acrópolis con sus venerables muros ciclópeos. A la galería se accede por cinco escalones de piedra. Dos columnas dóricas sostienen el arquitepe. A la derecha, una puerta conduce a las habitaciones interiores. A la izquierda, una puerta conduce a las escaleras de salida al exterior. Una gran mesa está cubierta de libros, estatuillas, jarrones, etc. A lo largo de las paredes y en los rincones se ven fragmentos de estatuas y bajorrelieves, vestigios de un arte antiguo. El conjunto presta a la sala un aspecto sepulcral en la luz matutina.

(Ana, sentada en uno de los escalones que conducen a la galería, con la cabeza apoyada en una de las columnas, escucha la lectura de Blanca María, quien, de pie y apoyada en la otra columna, lee un fragmento de la "Antígona" de Sófocles, con voz lenta y grave, en la cual tiembla una angustia indefinible. La Nodriza está sentada a los pies de Ana en la actitud inerte de una esclava sumisa).

Blanca María.— (Leyendo). "¡Oh tumba, oh tálamo nupcial! ¡Oh subterránea mansión, que me tendrás encerrada para siempre! Allí voy hacia los míos a quien Proserpina ha recibido entre los muertos. Yo, desdichada, la última de ellos, descendo antes de alcanzar el término fijado de mi vida. Pero, abrigo la esperanza que he de llegar muy grata a mi padre y muy querida de ti, ¡oh, madre! y también de ti, hermano mío, porque al morir vosotros, yo con mis propias manos os lavé y adorné y sobre vuestra tumba ofrecí libaciones. Y ahora, ¡oh, Polinices! por haber sepultado tu cadáver, tal premio alcanzo..."

(Cierra el libro).

Ana.— ¿Has cerrado el libro?

Blanca María.— Sí, lo he cerrado.

(Pausa).

Ana.— ¿Hay mucha luz en la sala?

Blanca María.— Sí, mucha luz.

Ana.— ¿Da el sol en la galería?

Blanca María.— Ya descende por la columna. Está casi rozando tu nuca.

Ana. — (Levanta una mano para tocar la columna). Es verdad, la piedra está tibia... ¿Estás al sol, Blanca María? Antes, cuando mis ojos muertos estaban cara al sol, con los párpados abiertos, veía algo así como un vapor rojizo, apenas perceptible y, de vez en cuando, un chispear parecido al que produce el pedernal... Un chispear doloroso... Ahora, nada. La más completa oscuridad.

Blanca María. — Pero tus ojos son siempre bellos y puros, Ana. Y, por la mañana están frescos, como si para ellos el sueño fuera el rocío...

Ana. — (Se cubre el rostro con las manos, apoyando los codos sobre las rodillas). ¡Al despertar, qué horror! Casi todas las noches sueño que por un milagro, mis pupilas han recobrado la vista y luego, al despertar, siempre tinieblas, oscuridad... ¡Si yo te contara, Blanca María, la peor de mis tristezas! Recuerdo casi todas las cosas que veía en mis tiempos de luz. Recuerdo su forma, sus colores, los detalles más nimios. Apenas mis manos las rozan, sus imágenes surgen en la oscuridad, pero de mi persona no guardo más que un recuerdo confuso, como el de una muerta... Una gran sombra envuelve mi imagen. El tiempo la ha empañado, como se empaña en nuestro recuerdo las imágenes de los seres desaparecidos... Sí, mi rostro se ha esfumado... De nada sirve esforzarme. Sé que la imagen que, al fin, consigo evocar, no es la mía... ¡Qué tristeza! Dilo tú, Nodriza. ¿Cuántas veces te he rogado que me condujeras ante el espejo y me quedaba con el rostro pegado al cristal en una espera insensata? ¿Cuántas veces oprimo mi rostro con las palmas de las manos, así, como ahora, para sacar la impronta de mis rasgos en la piel de mis manos! Hay veces en que me parece haber conseguido grabar en ella la mascarilla de mi rostro, como la que se vacía en yeso sobre los cadáveres... (lentamente aparta las manos de su rostro y tiende las palmas cóncavas). ¿Comprendéis la magnitud de mi tristeza?

Blanca María. — ¡Qué hermosa eres, Ana!

Ana. — La noche pasada he tenido un sueño extraño, indescriptible... Una súbita vejez invadía todos mis miembros... Yo notaba formarse sobre mi cuerpo la flacidez, las arrugas... Sentía que mis cabellos se desprendían de mi cabeza a grandes mechones que caían en mi regazo y mis dedos se enredaban en ellos, como en una madeja suelta... Mis encías se vaciaban y mis labios, reblandecidos, se adherían a ellas... Todo en mí se volvía deforme, miserable. Me asemejaba a una vieja mendiga que vive en mi memoria. Una pobre idiota que veía todos los días ante la reja del jardín de la casa de mi madre cuando yo era niña... ¿La recuerdas tú, Nodriza? La llamaban "la Simona" y solía canturrear siempre la misma canción, para provocar mi risa... ¡Qué sueño tan extraño! Responde, sin embargo, a un sentimiento que yo tengo de mí misma. Cuando en el silencio, en la oscuridad total, oigo fluir la vida con un estruendo tan terrible, Blanca María, tan terrible, que quisiera morir, para no oírlo más... Vosotras no podéis comprender...

Blanca María. — Yo te comprendo, Ana... También a mí la hora que pasa a plena luz me causa una ansiedad insoportable... Me parece que tú y yo esperamos algo que no llega nunca, algo que no ocurre desde hace mucho tiempo...

Ana. — ¡Quién sabe! (pausa). Ya no noto la tibieza del sol...

Blanca María. — (Se vuelve hacia la galería e inspecciona el cielo). Es una nube de oro ligera... Una nube que tiene la forma de un ala.

Todos los días las nubes cruzan el cielo azul, suben del Golfo Argólico y van hacia Corinto. Yo las veo nacer y morir. Algunas son maravillosas. A veces permanecen largo rato sobre el horizonte y, al anochecer, se encienden como hogueras, pero ninguna da una gota de agua. Toda la campiña tiene sed. Ayer salió una procesión hacia la ermita del profeta Elías, para pedir la lluvia, que tanto necesitamos. La sequía reina por todas partes y el viento levanta a gran altura el polvo de los sepulcros.

Ana. — ¡A ti no te gusta esta tierra, Blanca María...!

Blanca María. — Es demasiado triste. A ciertas horas la encuentro espantosa... Cuando, hace dos años, mi hermano y yo subimos por primera vez a Micenas, era una tarde ardiente de Agosto. Toda la planicie de Argos era un lago en llamas. Las montañas rojizas eran salvajes como leonas. Subíamos a pie en silencio, atónitos, casi sin aliento, los ojos cegados por el sol... De cuando en cuando, un remolino de polvo y hierbas secas se levantaba al borde del sendero y nos seguía en silencio, como un fantasma... Cuando se acercaba a mí, me hacía estremecer aquella forma misteriosa en que parecían haberse concentrado todos los crímenes antiguos... Al borde de un hoyo, Leonardo recogió una piel de serpiente y me dijo en broma: "Mira, es la piel de la serpiente que anidaba en el corazón de Clitemnestra" y la prendió en mi sombrero, como si fuera una cinta... El viento agitaba ante mis ojos su colita brillante, que crujía como una rama seca... Una horrible sed me abrasaba la garganta. Bajamos al valle en busca de la Fuente Perseia al pie de la ciudadela... Yo estaba tan agotada, tan desfallecida que, al mojar las manos y los labios en el agua helada, me desvanecí... Al recobrar el conocimiento, creí hallarme en un lugar de ensueño, fuera de este mundo, más allá de la muerte.

El viento se embravecía cada vez más y los remolinos de polvo se perseguían unos a otros, pendiente abajo, hasta esfumarse en el sol, que parecía devorarlos... Una tristeza inmensa, una tristeza desconocida, invadió mi alma. Creí haber llegado a un lugar de castigo, a un destierro sin retorno y todas las cosas tomaron a mis ojos un matiz lúgubre, lleno de presentimientos, angustiosos... Jamás olvidaré aquella hora, Ana, pero Leonardo me sostenía y me arrastraba lleno de valor y de esperanza. Él estaba seguro de encontrar a sus Príncipes Atridas intactos en sus sepulcros escondidos y me decía riendo: "Pareces la virgen Ifigenia en el momento de conducirla al sacrificio". Pero su alegría y su confianza no lograban animarme. Ya ves, Ana, cómo cada día de espera nos trae una desilusión. Esta tierra maligna que Leonardo remueve sin descanso, no le ha dado todavía más que una fiebre que lo consume... Si pudieras verle, Ana, te inquietaría su aspecto.

Ana. — Es verdad. Hay veces en que su voz tiene un sonido ahogado... Ayer mismo, al coger su mano descarnada y ardiente, pensé que estaba enfermo... Estaba a mi lado cuando entrasteis Alejandro y tú y se sobresaltó como si tuviera miedo de vosotros... Mientras permanecisteis aquí, yo le sentía estremecerse como si vuestras palabras le hicieran daño... Yo tengo una intuición especial para estas cosas, Blanca María. Mis ojos están apagados, pero mi alma oye... Ayer oía el temblor de sus pobres nervios que sufrían un gran dolor... Yo quisiera hablarte de esto, Blanca María...

Blanca María. — ¿Crees que mi hermano está realmente enfermo?

Ana. — Puede que sea cansancio... Ha agotado sus fuerzas. Su idea fija le atormenta como una pasión. Quizá no consiga dormir. ¿Sabes si duerme?

Blanca María. — No lo sé, Ana. Desde hace algún tiempo, ha abandonado la habitación contigua a la mía. Antes, yo distinguía si su sueño era profundo por la placidez de su respiración. Ahora que duerme lejos...

Ana. — Puede que no duerma...

Blanca María. — Quizá... Tiene los párpados hinchados y enrojecidos. Se pasa la vida en medio de aquel polvo irritante, no sale de allí... Rebusca en las ruinas, desentierra reliquias, respira la exhalación de los sepulcros. ¡Qué terrible voluntad la suya! Estoy segura de que no se permitirá un instante de reposo mientras no haya logrado arrancar a la tierra el secreto que busca.

Ana. — Se diría que está poseído por un secreto...

Blanca María. — ¿Qué secreto?

Ana. — ¿Quién lo sabe?

(Pausa).

Blanca María. — Desde algún tiempo ha cambiado profundamente. Antes era tan tierno conmigo... Yo lo era todo para él. La única compañera de su juventud. Lo he visto cansado muchas veces, pero tan distinto de ahora. Ponía su alma en mis rodillas, como un niño. Ahora, no. Cuando me acerco, me cierra su corazón. Antes, cuando por el esfuerzo de su pensamiento le dolía la frente, me pedía que pusiera mis dedos sobre sus sienes para adormecer las pulsaciones dolorosas y me lo agradecía como si fuera un medicamento delicioso. Ahora, no. Ahora huye de mí. Antes me has dicho que ayer mis palabras le hacían sufrir...

Ana. — Quizá fuera porque haya notado que algo ha cambiado entre vosotros...

Blanca María. — ¿En mí?

Ana. — Quizá él comprenda la causa de tus melancolías.

Blanca María. — ¿La causa de mis melancolías?

Ana. — Sí, tú aborreces este país y deseas marcharte.

Blanca María. — Yo soy, como siempre, obediente a su voluntad.

Ana. — Ya vuelve el sol. Tu nube se ha disipado. ¡Cómo calienta el sol! Casi me quema. Dame la mano, Blanca María, ayúdame a levantarme. (Blanca María la coge de la mano y la ayuda a bajar los escalones de la galería. Ana se abraza a ella, como si quisiera escuchar los latidos de su corazón). ¿Has visto a mi marido esta mañana antes de que saliera?

Blanca María. — (Desconcertada, titubeante). Sí, lo he visto en compañía de mi hermano.

Ana. — ¿Sabes a dónde ha ido?

Blanca María. — Ha hecho ensillar su caballo y se marchó por el camino de Argo, solo.

Ana. — Hace unos días que ya no le interesa su trabajo. Está ausente muchas horas y, cuando vuelve, está silencioso. ¿Recuerdas las primeras semanas, recién llegados? ¿Recuerdas su viveza, su entusiasmo? Él también, como Leonardo, quería descubrir muchos tesoros, quizá los tesoros de su alma... Parecía que esta tierra tuviera, como ninguna otra, la virtud de exaltar su inspiración. La poesía fluía de sus labios en cada palabra. ¿Recuerdas? Ahora permanece callado, abstraído...

Blanca María. — Puede ser que esté meditando una gran obra. Puede que le abrume el peso de una gran idea... Puede que su genio esté a punto de forjar una creación maravillosa...

Ana. — A Alejandro le gusta conversar contigo, Blanca María... ¿No te ha hecho ninguna revelación?

Blanca María. — (Con voz alterada). ¿Qué es lo que podría revelarme a mí? ¿A mí que no te haya revelado a ti, que estás tan cerca de su alma, tan cerca...?

Ana. — Yo estoy cerca de su alma, como una mendiga ante la puerta cerrada de un palacio... Quizá ya no le quede ni una limosna que darme.

Blanca María. — ¿Por qué dices esas cosas? Yo veo sus ojos cuando te mira. Su mirada dice siempre lo mismo, que no hay para él ningún ser más querido que tú. Nada más bello. ¡Eres tan hermosa, Ana!

Ana. — Se diría que quieres consolarme por un bien perdido...

Blanca María. — ¿Por qué dices eso?

Ana. — ¿Has oído? Es Alejandro que vuelve... Nodriza, asómate a la galería a ver si viene...

Nodriza. — No veo a nadie en el camino.

Ana. — Me pareció oír el trote de su caballo. Estará lejos todavía... Ya es tarde...

Blanca María. — Desde mi ventana se divisa todo el camino, hasta el Argo. Voy a ver si viene...

(Sale. La Nodriza se acerca a Ana que ha escondido la cara entre las manos).

Ana. — Tengo ganas de llorar, Nodriza.

La Nodriza. — (Le besa las manos). ¿Qué es lo que pesa sobre el corazón de mi hija?

Ana. — No lo sé, algo me oprime como un nudo y tengo miedo...

La Nodriza. — ¿Miedo?

Ana. — No sé... Voy a sentarme... Quédate a mi lado. (Se sienta. La Nodriza se instala a sus pies. Ana se inclina hacia ella). Mira, Nodriza, si encuentras alguna cana... Aquí, en la nunca... ¿La has encontrado? ¿Una sola o muchas? Di la verdad. ¿Muchas?

La Nodriza. — No veo ninguna.

Ana. — ¿Soy joven todavía? Dime, ¿parezco joven todavía? Dime la verdad.

La Nodriza. — Muy joven.

Ana. — Dime la verdad.

La Nodriza. — ¿Por qué había de engañarte? Tú eres blanca como esas estatuas. Ninguna es tan blanca como tú.

Ana. — Eso mismo me dijo Alejandro la primera vez que me habló en tiempos lejanos... ¡Ah! Por eso me he quedado ciega, como las estatuas... ¿Qué decía antes Blanca María de mis ojos? Mírame a los ojos. ¿No son como dos piedras opacas?

La Nodriza. — Están límpidos como cristales.

Ana. — Pero muertos, Nodriza, muertos... No tienen mirada. ¿No te causan repulsión cuando los miras de cerca? ¿No te asustan un poco? Dime la verdad.

La Nodrizza. — ¡Calla! Están vivos, vivos. Algún día, de pronto, por la gracia de Dios, recuperarás la luz perdida.

Ana. — ¡Nunca más! ¡Nunca más!

La Nodrizza. — Un día, de pronto... Quizá mañana...

Ana. — ¡Nunca más!

La Nodrizza. — Si realmente no hubiera ninguna esperanza, ¿por qué tiembla mi corazón cada mañana cuando me llamas? ¿Por qué me acerco a ti siempre con la misma ilusión al abrir las ventanas de tu habitación para que entre la luz?

Ana. — ¡Oh! ¡Si así fuera!

La Nodrizza. — Y tú también, ¿no sueñas todas las noches que ha vuelto la vista a tus pupilas?

Ana. — ¡Bah! ¡Los sueños!

La Nodrizza. — Debemos creer en los sueños. Hay que creer en los sueños.

Ana. — Ahí viene Blanca María. Vete, vete, Nodrizza.

(La Nodrizza le besa las manos y sale).

Blanca María. — (Entrando). No se ve a nadie por el camino de Argo. A lo lejos una polvareda, es un rebaño de cabras. Puede ser que Alejandro vuelva por el atajo a través de la campiña. O, a lo mejor, ha bajado hasta la fuente Perseia... (Sube a la galería y contempla el paisaje). En el Ágora hierve el trabajo. Ayer se han encontrado cinco estelas funerarias... Una gran nube de polvo se levanta en el recinto... Es un polvo rojizo... Parece que arde a los rayos del sol... Penetra en la sangre como un veneno. Seguramente Leonardo está allí, a gatas, hurgando con sus manos... Teme que la pica rompa los objetos frágiles... Ana, si pudieses ver con qué delicadeza saca cada fragmento de su envoltorio de tierra... Viéndolo, se diría que quita la corteza de un fruto delicado temiendo perder una sola gota de su precioso jugo. (Vuelve al lado de Ana). ¡Ana! ¿Te apetece una naranja perfumada? ¿Te gustaría ahora encontrarte en un jardín de Sicilia?

Ana. — (Atrayéndola hacia sí). ¡Qué voz tan extraña! Es una voz nueva, como de alguien dormido que despierta...

Blanca María. — ¿Te extraña mi deseo? ¿No te gustaría a ti tener sobre las rodillas un cesto de frutas? ¡Con qué avidez las comería yo! En Siracusa andábamos por un bosque de naranjos y entre las ramas veíamos resplandecer el mar... Los árboles lucían en las ramas los frutos maduros y las nuevas flores... Los pétalos caían sobre nuestras cabezas como una nieve perfumada y nosotros mordíamos la pulpa jugosa, como se muerde el pan tierno.

Ana. — (Tiende las manos para acercarla a ella y Blanca María permanece alejada). Es allí donde querrías vivir, ¿verdad? Allí está la alegría. Todo tu ser pide alegría, necesita alegría. ¡Cómo debe brillar tu juventud! El deseo de vivir emana de tu cuerpo, como el calor de un hogar encendido. Deja que caliente en él mis manos... Mis pobres manos...

(Blanca María se acerca y se sienta a sus pies. Cuando Ana le acaricia las mejillas tiene un escalofrío).

Blanca María. — ¿Por qué tienes las manos tan frías?

Ana. — Todo tu rostro palpita como un pulso violento.

Blanca María. — El sol me lo ha encendido. En mi ventana me dio el sol de frente. El alféizar ardía... Aquí también el sol ha invadido toda la habitación. Estamos sentadas en un río de oro. Reclínate un poco...

Ana. — (Acariciándole el rostro y los cabellos). ¡Cómo adoras el sol! ¡Cómo adoras la vida! Un día Alejandro te dijo que te pareces a la Victoria que desata su sandalia. ¿Recuerdas? Fue en Atenas, un mármol suave como marfil. Recuerda... Su cabecita surge de la curva del ala en reposo. Alejandro decía que el ansia de volar se desprendía de cada uno de los pliegues de la túnica y que ninguna otra imagen reproducía tan vivamente el don divino de poder volar... Nosotros hemos vivido el encanto de su gracia juvenil. Cada día subíamos a la Acrópolis para contemplarla... Es verdad que te pareces a ella, Blanca María.

Blanca María. — Yo no tengo alas. En vano las buscas en mí.

Ana. — ¡Quién sabe! Las alas impalpables son las que vuelan más alto. Cada virgen puede ser una mensajera. (Pausa. Ana sigue acariciando la cabeza de Blanca María, que hace un movimiento involuntario para sustraerse). ¿Te molesta que te acaricie? Adivino tu belleza con mis manos. ¿Te repugnan mis manos?

Blanca María. — (Besándolas). No, Ana, no, pero no sabría decirte la sensación que me causan. Me parece como si tus dedos me vieran. No, no sé... Es como una mirada fija, insistente... Cada uno de tus dedos es como una pupila. Se diría que toda tu alma se concentra en la punta de tus dedos y que la carne pierde su naturaleza humana... El color de tus venas es indefinible. (Posa sus labios en la cavidad de la mano izquierda de Ana). ¿No sientes mis labios sobre tu alma?

Ana. — Queman, Blanca María, y pesan con todo el peso del tesoro de la vida. ¡Qué tentadores deben de ser tus labios! Llenos de promesas...

Blanca María. — Me turbas, Ana... No, mi vida está encerrada en un pequeño círculo, quizá para siempre. Antes, mientras te leía "Antígona", me parecía leer mi propio destino. Yo también me he consagrado a mi hermano, yo también estoy atada por un voto.

Ana. — No, Blanca María, tú tienes demasiada vida, para consumirte en el sacrificio. Tú necesitas vivir, gozar, morder la fruta, deshojar las flores. Noto en ti un fuego escondido. Toda tu sangre palpita de un modo extraño. Yo no he conocido ningún latido tan fuerte. Tu corazón... (Se inclina para escuchar sus latidos). Es terrible tu corazón... Tu deseo abarca el mundo entero. ¡Qué avidez! ¡Qué ansia!

Blanca María. — ¡No, Ana, no!

(Se debate por sustraerse a las manos de la ciega, como de una tortura).

Ana. — No tiembles. Yo soy como una hermana tuya muerta que vuelve a la vida. Hubo un tiempo en que mi sangre latía así y mi deseo no tenía límite. Yo sé lo que tú sueñas, lo que sufres, lo que esperas. Sí, la felicidad existe sobre la tierra. Tú sigues con devoción a tu hermano que vive en las ruinas y hurga en las sepulturas, pero no puedes renunciar a tu hora. Una fuerza imperiosa se yergue dentro de ti sin que puedas frenarla y, aunque pudieras, brotaría más potente desde la misma raíz. Es preciso que te rindas a ella...

(Blanca María esconde el rostro en el regazo de la ciega, temblando).

No tiembles. Yo soy para ti como una hermana muerta que te contempla desde el otro confín de la vida. Tú ves lo que yo no veo. Yo veo lo que tú no ves. Por eso te sientes separada de mí por un abismo y no puedes entregar tu alma a la mía, como abandonas tu cabeza en mi regazo. (Hunde los dedos en su cabellera). ¡Cuántos cabellos! ¡Cuántos! Tus cabellos son suaves como el agua que se desliza por un arroyo... Son maravillosos... Si se desataran, te cubrirían hasta los pies... Así... (Le suelta la cabellera). Son un torrente. Te cubren toda y a mí también... Tienen su perfume... Mil perfumes, son un río lleno de flores... ¡Qué hermosa eres! ¿Cómo podría renunciar a ti el que te ame?

¿Cómo podrías permanecer en la sombra tú que estás hecha para derramar la felicidad? Dormía en lo más profundo de tu ser y, de pronto, se ha despertado. Ahora te conoces a ti misma, ¿verdad? Te mueves como impulsada por una melodía conocida... (Blanca María solloza con el rostro escondido en sus cabellos). ¿Lloras? (Ana busca sus párpados por debajo de los cabellos para tocar sus lágrimas).

¡Lloras! ¡Lloras! (Ana se vuelve inquieta hacia la puerta, porque oye pasos que se acercan). ¡Ahí viene Alejandro! (Blanca María se levanta precipitadamente. Entra Alejandro con un ramo de flores salvajes. Al ver a Blanca María con los cabellos sueltos, se detiene estremecido. Ana con voz tranquila y dulce). ¿De dónde vienes, Alejandro? Hace rato que te esperamos. Blanca María se asomó a la ventana para verte venir por el camino del Argo, pero no te vio llegar. ¿De dónde sales?

Alejandro. — He cabalgado por la campiña, al azar... Pasé el Inaco que no tiene una gota de agua. Todo el campo está cubierto de florecillas silvestres que se

marchitan y el canto de la alondra llena el cielo. ¡Qué maravilla! Nunca había oído un canto tan vibrante. ¡Millares de alondras! Salían de todas partes y se lanzaban al cielo con el ímpetu de una honda. Parecían locas. Se perdían en la luz, como si el canto las disolviera o fueran devoradas por el sol. Una cayó muerta a los pies de mi caballo, como una piedra, fulminada por el gozo embriagador de su canto. La recogí. Aquí está...

Ana. — (Tiende las manos hacia él para recoger la alondra). Está tibia todavía. ¡Qué suavidad tiene su garganta! Hace un instante cantaba... ¡Mira, Blanca María (Blanca María se le acerca tímidamente). ¿Por qué tiembles? Es que le da vergüenza que la veas con los cabellos sueltos, Alejandro... ¿La ves? Sí, tú la ves... Estáis al sol... Dale tus flores, Alejandro, dale tus flores.

(Blanca María intenta recoger sus cabellos).

Alejandro. — Toma estas flores, Blanca María.

(Blanca María coge las flores. Al descubrir su rostro, Alejandro ve que ha llorado).

Alejandro. — ¿Has llorado?

Ana. — Me ha leído un fragmento de "Antígona" y la compasión...

Alejandro. — ¿Has llorado por Antígona?

Ana. — Es que desde la galería veía elevarse el polvo sobre el Ágora y, al pensar en su hermano...

Alejandro. — Comprendo. Leías el relato del centinela. Nunca está tan hermosa Antígona como bajo aquella tempestad de polvo en la planicie árida, mientras se lamenta sobre el cadáver de su hermano. ¿Verdad? Sentados sobre la colina, de espaldas al viento, para evitar el hedor del cadáver putrefacto, los guardianes esperan con los ojos cerrados a que cese la tempestad cegadora y ella, imperturbable, en medio de aquella hoguera sofocante, recoge el polvo y lo vierte sobre el cadáver adorado.

Yo la veo siempre así. Mucho más hermosa que cuando se encamina hacia el suplicio. ¿No es verdad? Me hubiera gustado estar aquí mientras leías ese fragmento, Blanca María... Nunca te he oído leer.

Ana. — ¿Por qué no lees ahora algunas páginas más?

Blanca María. — No tengo el libro.

Ana. — ¡Lo habrás dejado sobre el alféizar de tu ventana!

Blanca María. — No, Ana, no sé dónde lo he dejado.

Alejandro. — Algún día leerás para mí.

Blanca María. — Cuando quieras.

Alejandro. — Quisiera oírte leer la "Electra" de Sófocles a la sombra de la Puerta de los Leones.

Ana. — ¿La invocación a la luz?

Alejandro. — Algún día quisiera oírte leer uno de mis poemas...

Ana. — ¿Cuál de ellos?

(En este momento llega el rumor de voces confusas por la galería. Blanca María sube los escalones y mira hacia la Acrópolis).

Blanca María. — Son los hombres que están en el Ágora. ¡Gritan de júbilo! Han debido descubrir un sepulcro. Quizá hayan descubierto al Rey... ¡Leonardo! ¡Leonardo!

Alejandro. — (Acercándose a Blanca María). ¿Ves a Leonardo?

Blanca María. — No, no lo veo... El polvo lo cubre todo. Se ha levantado el viento. Leonardo debe estar allí de rodillas, confundido con el polvo... ¡Leonardo!

Alejandro. — Tu voz no puede llegar hasta él.

Blanca María. — (Se ha hecho el silencio). Ya no gritan...

(Su cabello se ha desprendido sobre los hombros).

Alejandro. — ¡Qué extraño silencio!

(Permanecen uno al lado del otro. El viento empuja hacia Alejandro los cabellos de Blanca María).

Ana. — ¡Qué extraño silencio! (Alejandro y Blanca María descienden los escalones de la galería. De pronto, al sentir que sus cabellos se han enredado en la sortija de Alejandro, Blanca María lanza un grito). ¡Alejandro!

(Se levanta. La alondra cae a sus pies).

Alejandro. — (En broma). No es nada, Ana. Unos cabellos de Blanca María se han enredado en mi sortija. ¿Te hacen daño?

Blanca María. — Un poco...

(Vuelve a recogerse los cabellos).

Alejandro. Perdona, ha sido sin querer.

Ana.— Los cabellos de Blanca María son tan suaves... ¿Te has fijado, Alejandro? Me gustaría tenerlos siempre entre mis dedos, como una hilandera.

(Se acerca, tanteando, para apoyarse en el brazo de Blanca María).

Alejandro.— ¡Oh, yo no me atrevería a tocarlos! El viento los empujó hacia mí. (Intenta desenredar los cabellos que han quedado prendidos de su sortija). Ha sido un robo involuntario... Y no hay manera de desenredarlos.

Blanca María.— (Sobresaltada). ¡Escuchad! Vuelven a gritar.

(Se oye otra vez el griterío de antes).

Ana.— Otro gran descubrimiento...

Alejandro.— ¿Te diste cuenta de que esta mañana Leonardo estaba muy inquieto, Blanca María? Como si saliera de una pesadilla nocturna. Quizá había soñado con el "Rey de los hombres" y se despertó con ese presentimiento. ¿No te daba pena el fuego que ardía en sus ojos? Yo no podía mirarlo sin sufrir por él.

Mientras recorría la campiña no he dejado de pensar en él. Hubiera querido que me acompañara. Así habría escuchado el canto de la alondra y cogido algunas flores silvestres con esos dedos que no conocen más que las piedras y el polvo desde hace tanto tiempo. Inclinado sobre la tierra dura y gris, fascinado por los sepulcros, ha olvidado la belleza del cielo. Es preciso arrancarlo de ese maleficio.

Blanca María.— Sólo tú puedes hacerlo.

Ana.— Está enfermo, muy enfermo.

Alejandro.— Es verdad. A ciertas horas parece un hombre poseído por no sé qué hechizo. La tierra que hurga es maligna, como si todavía brotaran de ella las emanaciones de los crímenes monstruosos que ha presenciado. La maldición que pesaba sobre los Atridas era tan feroz, que se diría que todavía resuma en el polvo pisado por ellos. Temo que los muertos que Leonardo busca, hayan revivido y respiren el hálito que les infundió Esquilo en la Orestíada, golpeados sin tregua por el hierro de su destino. ¡Cuántas noches he velado mientras Leonardo me leía en voz alta aquellos versos, demasiado sublimes para nuestra respiración humana! De día en día, al contacto con la tierra maldita, Leonardo debe sentir crecer su fiebre. Yo creo que a cada golpe de pica, debe temblar en todos sus huesos con el ansia de ver aparecer el rostro de un Atrida, todavía intacto, con las señales indelebles de la crueldad sufrida.

Blanca María.— ¡Escuchad! ¡Escuchad! (Se oyen gritos más prolongados). Han subido a la muralla... Dos... Tres... Cuatro hombres sobre la muralla. Gritan, agitan sus brazos hacia mí. ¡Mirad!

¡Mirad! (Ana ha cogido la mano de Alejandro y la retiene con fuerza).
¡Leonardo! ¡Veo a Leonardo! Está allí... ¡Allí...! Lo veo...

Ahora sale por la Puerta de los Leones... Viene hacia acá corriendo... Está blanco de polvo... ¡Hermano! Ha tropezado con una piedra, pero se levanta...

¡Ahí viene! ¿Habrá descubierto los sepulcros? ¡Gracias, Dios mío! ¡Qué felicidad! Aquí viene... Aquí viene... (Corre hacia la puerta). ¡Al fin! ¡Al fin! ¡Hermano! ¡Hermano!

(Entra Leonardo, blanco de polvo, sudoroso, las manos llenas de barro, sangrantes, los ojos le brillan de triunfo).

Leonardo. — (Apenas puede hablar).

El oro... El oro... Montones de oro... Los cuerpos están cubiertos de oro...

Blanca María. — (Con ternura). ¡Cálmate, cálmate, Leonardo! Respira... Descansa. ¿Tienes sed? ¿Quieres beber algo?

Leonardo. — ¡Oh, sí! Dame de beber. Me muero de sed.

(Blanca María le sirve una copa de agua que él bebe de un trago).

Blanca María. — ¡Pobre hermano!

Alejandro. — Siéntate... Descansa un momento, te lo ruego.

Leonardo. — ¡Ah! ¿Por qué no estabas tú conmigo? ¿Por qué? Tú debiste estar allí, Alejandro. La más grande, la más extraña visión que jamás se ha ofrecido a ojos mortales. Una aparición alucinante, una riqueza inaudita, un esplendor terrible, revelado de pronto. No sé decir, no sé explicar lo que he visto. Una serie de sepulcros, quince cuerpos intactos, uno al lado del otro, sobre un lecho de oro, con los rostros cubiertos por mascarillas de oro, las frentes coronadas de oro, los pechos rodeados de oro, oro por todas partes, como hojas caídas de un bosque fabuloso. El tesoro más resplandeciente que la muerte ha reunido en la profundidad oscura de la tierra desde hace siglos, milenios. No sé decir lo que he visto. Tú debiste estar allí, Alejandro. Sólo tú sabrías decir lo que yo he visto.

En un instante mi alma ha transcurrido siglos, milenios. He respirado la leyenda palpitante de la destrucción antigua. Los cuerpos estaban allí intactos, con todos sus miembros, como si hubieran sido depositados allí en aquel instante después de la matanza, apenas ennegrecidos, por la hoguera apagada demasiado pronto. Agamenón, Eurimedón, Casandra, la escolta real, sepultados con sus vestiduras, con sus armas, con sus diademas, con sus joyas, con sus vasijas.

¿Recuerdas, Alejandro, aquel fragmento de Homero? "Yacían entre los vasos de las mesas puestas y toda la sala estaba manchada de sangre. Yo oía la voz lastimera de Casandra a quien la pérfida Clitemnestra estaba degollando a mi

lado...". Por un instante mi alma ha vivido aquella vida antigua y violenta. Estaban allí los muertos asesinados por el Rey de Reyes, la princesa esclava, el auriga y sus compañeros... Allí ha quedado un tesoro sin igual, testigo de una civilización ignorada. Tú lo verás, Alejandro, tú lo verás...

Ana. — (En voz baja). ¡Qué sueño!

Alejandro. — ¡Qué gloria! ¡Qué gloria!

Leonardo. — Tú lo verás. La mascarilla de oro... ¡Ah! ¿Por qué no estabas a mi lado? Las máscaras defendían los rostros del contacto del aire. Uno de los cuerpos superaba en estatura y en majestad a todos los otros, coronado por una gran corona de oro, con la coraza, rodeado de espadas, de lanzas, de puñales. Yo levanté la pesada máscara... ¿He visto realmente el rostro de Agamenón? ¿Era aquel el Rey de Reyes? Su boca estaba abierta, sus párpados estaban abiertos... ¿Recuerdas? Homero dice: "Cuando yo yacía moribundo, levanté la mano hacia mi espada, pero la hembra con ojos de perro se alejó y no quiso cerrarme los párpados, ni la boca en el momento en que yo descendí a la morada de Nade". ¿Recuerdas? Y yo he visto aquella boca y aquellos párpados abiertos. Tenía la frente ancha, adornada con un disco de oro, la nariz recta y la barbilla ovalada y cuando levanté la coraza, me pareció ver la señal hereditaria de la estirpe de Pélope: "la espalda de marfil"... Mas todo desapareció al recibir los rayos del sol. Sólo quedó un puñado de polvo y un montón de oro.

Alejandro. — Hablas como quien ha sufrido una alucinación, como quien sufre un delirio. Lo que dices es increíble. Si realmente has visto lo que nos has descrito, ya no eres un hombre.

Leonardo. — ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! Y a Casandra también.

¡Cuánto hemos amado tú y yo a la hija de Príamo! "La flor del botín". ¿Recuerdas? Tú la amaste con el mismo amor que Apolo. Te gustaba, muda y sorda, sobre su carro con su aspecto de fiera recién capturada... Con el fuego délfico que incubaba bajo su lengua sibilina. Más de una vez me han despertado de noche sus gritos proféticos. Y ahora ella estaba allí, sobre un lecho de hojas de oro, con innumerables mariposas de oro sobre su vestido, con una diadema sobre la frente, el cuello adornado con collares, los dedos llenos de sortijas y una balanza de oro sobre su pecho. La balanza simbólica en la cual se pesan los destinos de los hombres. Toda ella estaba rodeada de gran cantidad de cruces de oro hechas con cuatro hojas de laurel y sus dos hijos, Teledamo y Pélope, envueltos en el mismo metal, yacían a sus costados, como inocentes corderos... Así la he visto. Y te llamé a gritos, mientras desaparecía a mi vista. Tú no estabas conmigo. Ya sólo podrás ver su envoltura, sólo podrás tocar su cinturón vacío...

Alejandro. — Tengo que verlo. Ahora mismo corro allá...

Leonardo. — (Lo retiene para continuar su relato). Vasos maravillosos... Con cuatro asas, adornados con columnas, parecidos a la copa de Néstor en Homero.

Grandes cabezas de bueyes, todas de plata maciza con los cuernos de oro. Millares de chapas recortadas en forma de flor, de hoja, de insecto, de concha, de pulpo, de medusa, de quimera, de estrella... Figuritas de divinidades con los brazos y las cabezas cargados de palomas; pequeños templos con las torres coronadas con palomas de alas abiertas. Grupos de caza con leones y panteras; peines de marfil, pulseras, alfileres, sellos, cetros, caduceos...

(Mientras Leonardo enumera estos tesoros, Ana se deja caer sobre una silla y esconde el rostro entre las manos, con los codos apoyados en las rodillas).

Alejandro. — (Soltándose de Leonardo que lo retiene). ¡Déjame ir allá! ¡Déjame ir!

Leonardo. — Voy contigo. ¡Vamos!

Blanca María. — (Abrazada a su hermano). ¡No, Leonardo, no! Te lo suplico. Espera... Descansa... Sosiégate... Estás rendido, agotado...

Alejandro. — Iré yo solo.

(Sale).

Blanca María. — (Abrazada a su hermano). ¡Oh! ¡Cómo estás! Chorreando sudor. Tu sudor se ha mezclado con el polvo. Tienes la cara ennegrecida, los ojos inflamados, los párpados hinchados y enrojecidos, como si hubieras llorado un año entero... ¿No te duelen? ¡Cómo deben dolerte tus pobres ojos! Te los lavaré con un agua que conozco. Te refrescará...

Ahora vas a descansar, ¿verdad?

Podrás descansar puesto que tu voto se ha cumplido. Te has cubierto de gloria... Antes, al entrar aquí, resplandecías como el oro... (Con infinita ternura le seca el sudor de la frente con su cabello suelto. Leonardo permanece rígido, antagónico, con una expresión de intenso dolor en su semblante pálido y extenuado). No sé cómo decirte la pena que siento al verte así... Lo daría todo por atenuar tu fatiga, calmar tu sangre, devolver el color a tus mejillas. Has pasado tantos, tantos días hundido en las zanjas, pegado a la tierra, tragando ese polvo maldito, hiriendo tus manos contra las piedras... ¡Pobres manos! Están ensangrentadas, descarnadas, secas... Las uñas rotas...

¿Te duelen? ¡Pobres manos! Te pondré una pomada muy suave y perfumada que te las curará en seguida y te las pondrá blancas y suaves como antes. Recuerdo que tenías unas manos tan bonitas, tan finas... ¡Cómo tiembles!

Ana. — (Levanta bruscamente la cabeza). Debe estar muerto de cansancio. Ha tensado el arco de su voluntad hasta romperlo. Todas sus venas palpitan, todos sus nervios vibran como las cuerdas de un arpa... Tú sufres, Leonardo, sufres...

Blanca María. — (Se estremece al oír las palabras de Ana y coge la cabeza de su hermano entre sus manos e intenta mirarle a los ojos). ¡Leonardo! No tienes nada contra mí, ¿verdad? Yo no he hecho nada que te haya causado pena... ¡Dímelo! ¡Leonardo! ¡Contesta!

Leonardo. — (Intenta sonreír). ¡Claro que no!

Blanca María. — Nunca te he querido tanto como ahora. Mi ternura nunca ha sido tan profunda. No hago más que pensar en ti a todas horas. Tú lo eres todo para mí. Llévame contigo a donde quieras. Al desierto más estéril. A las ruinas más desoladoras. Mientras tú estés contento, yo seré feliz. Quiero estar contigo en el polvo, quiero herirme las manos contra las piedras, quiero recoger los huesos de los muertos. Lo que sea, con tal de que tú sonrías y estés sereno...

¿Recuerdas? En Siracusa tú cantabas durante tu trabajo. Parecía que tuvieras dentro del alma la belleza de las estatuas que buscabas. Yo escogía para ti las naranjas más dulces. ¿Recuerdas? Cuando estabas cansado, te dormías con la cabeza sobre mis rodillas a la sombra de los olivos y yo velaba tu sueño tranquilo... ¡Cuánto tiempo hace que no te veo dormir! Necesitas, sobre todo, dormir, dormir...

Se te cierran los párpados. Ven, vamos a tu habitación. Yo te ayudaré. Deja que sea para ti como nuestra madre. Es preciso que duermas un sueño largo y profundo.

Al despertar, verás otra vez el tesoro que has descubierto y yo estaré todavía a tu lado... Ven...

(Leonardo intenta sustraerse a tanta ternura, como si para él fuera un tormento insoportable).

No quiero que tiembles así... Ven...

Leonardo. — No, Blanca María, es preciso que yo vuelva allá.

Blanca María. — No, no puedes. ¿No ves que ya es mediodía? El sol abrasa por todas partes. ¿No has dejado allí a los guardianes?

Leonardo. — Es preciso que yo vuelva allá. ¡Déjame! Tengo que volver allá.

Blanca María. — No, no puedes volver en el estado en que estás. Te desplomarías en el camino. Escucha, Leonardo, haz caso a tu hermana. Estás a punto de desmayarte. Deja que te lleve a tu habitación.

(Lo rodea con sus brazos para llevárselo y salen).

Ana. — (Al quedarse sola, da unos pasos inseguros). Nadie me ha hablado a mí. Yo pertenezco a otra vida... Y todo aquel oro funerario... Y aquella pobre alma que tiembla... Y aquella criatura bella y ardiente... (Sus pies tropiezan con el ramo

de flores que Blanca María ha dejado caer). ¡Ah! Las flores silvestres que Alejandro escogió para ella... (las recoge y aspira su perfume). Quisiera llorar... (Da unos pasos indecisos). ¡Nodriza! ¡Nodriza!

La Nodriza. — (Entrando). Aquí me tienes...

(Coge una mano de la ciega y se la besa).

Ana. — ¿Qué hora es?

La Nodriza. — Mediodía.

Ana. — Toma estas flores y ponlas en un jarrón con agua.

La Nodriza. — Ya están marchitas. (Deja caer el ramo).

Ana. — Vamos... (Se pone en marcha seguida por la Nodriza, pero, de pronto, se vuelve). ¡Mira, Nodriza! Busca ahí en el suelo...

La Nodriza. — (Buscando). ¿Qué es lo que has perdido?

Ana. — Busca allá... Encontrarás una alondra muerta.

Telón

Acto II

Cuadro primero

Una estancia en el apartamento de Leonardo. Una puerta cerrada a la derecha. En el fondo un balcón abierto sobre la llanura de Argo y las montañas lejanas. Se acerca el crepúsculo. Grandes estanterías de muchos pisos contienen los tesoros descubiertos en los sepulcros del Ágora: copas, pectorales, máscaras, diademas, cinturones de oro brillan confusamente en la penumbra. Sobre dos mesas se hallan extendidas las riquezas que cubrían los cuerpos de Agamenón y Casandra, de modo que las vestiduras y sus adornos dibujan los cuerpos ausentes. Varios cofres llenos de objetos de oro, algunos jarrones de cobre llenos de cenizas se hallan al pie de las mesas.

(Blanca María, de pie, va poniendo en orden las maravillosas joyas, a medida que saca de los cofres los collares, brazaletes, peines, pequeños ídolos, y los dispone alrededor de la máscara de oro de Casandra. Al sacar una espiral de las que empleaban las mujeres de la antigüedad para sujetarse el cabello sobre la frente, Blanca María se lo coloca en la cabeza. En este momento se oye la voz de Alejandro detrás de la puerta).

Alejandro. — ¡Leonardo! ¿Estás ahí?

Blanca María. — (Sobresaltada e indecisa, abre la puerta). Mi hermano salió hace un momento. No sé a dónde ha ido.

Alejandro. — ¿Estás sola? Sola, rodeada de oro... Venía en busca de Leonardo.

Blanca María. — No sé a dónde ha ido. Quizá haya bajado a la Fuente Perseia.

Alejandro. — Y tú estás custodiando sus tesoros... ¿Qué hacías?

Blanca María. — Estaba colocando alrededor de Casandra sus joyas. ¿Ves? Este cofre está lleno. Le prometí a mi hermano que todo estaría en orden a su regreso, antes de que se haga de noche.

Alejandro. — ¿Quieres que te ayude? Ya es tarde.

Blanca María. — Es verdad, se ha hecho tarde...

Alejandro. — (Examinando la máscara de Casandra). ¡Qué extraño! Parece como si de este montón de oro surgiera una figura indistinta... La luz del crepúsculo puede forjar la ilusión visual de su forma completa. Seguramente Leonardo conoce este espejismo. Ha debido ver más de una vez el espectro de la Priamida.

Blanca María. — Sí, se diría que sus ojos ya no ven más que fantasmas.

Alejandro. — A mí me causa tanta tristeza como a ti, Blanca María. Precisamente venía a buscarle por eso. Desde hace unos días me da la impresión de que una extraña ansiedad le impulsa a revelarme un secreto. Yo callo y espero. Espero, con no menos ansiedad que él.

A veces sus labios están a punto de abrirse, pero vuelven a cerrarse sin proferir una palabra. Yo no me atrevo a interrogarle por temor a arrancarle un secreto que su alma no está todavía dispuesta a revelarme. Y así sufrimos los dos interiormente. ¿Qué piensas tú, Blanca María?

Blanca María. — (Confusa, para desviar la conversación). ¿No quieres ayudarme? Mi hermano ya no tardará en volver.

Alejandro. — ¿Qué tienes en la cabeza?

(Se le acerca).

Blanca María. — (Ruborizada). ¡Ah! Una espiral. Me la puse para probar. Quería enseñársela a mi hermano que todavía duda sobre su empleo.

(Hace ademán de quitársela).

Alejandro. — ¡No! Déjala donde está. ¿Por qué quieres quitártela?

Blanca María. — Es preciso que la restituya a la princesa muerta, a la que tanto habéis amado los dos...

Alejandro. — No, déjala todavía en tu cabello.

(Al detenerla, le toca la mano. Los dos se turban).

Blanca María. — ¿No me ayudas?

(Los dos se inclinan sobre el cofre para sacar las joyas).

Alejandro. — Mira la acuñación de este anillo. Representa a una mujer sentada con tres amapolas y ante ella tres figuras ambiguas de pie. Sobre su cabeza lleva un hacha de dos filos y el disco del sol. Mira este otro. Una doncella sentada tiende los brazos con la cabeza vuelta. Ante ella un hombre le tiende los brazos. Mira, la doncella tiene, como tú, una larga cabellera...

Blanca María. — Y ella vuelve la cabeza hacia atrás.

(Pausa. Sigue ordenando las joyas. Alejandro se asoma al balcón).

Alejandro. — Este país tan árido tiene el aspecto febril de un sediento. Los paisajes suelen suavizarse y respirar al llegar la noche. Éste, al contrario, la sed le atormenta aún más de noche. Hasta en el crepúsculo más tardío, se ven los lechos

de sus ríos blanquear dolorosamente. Allá abajo, las montañas parecen manadas de asnos gigantes salvajes con los lomos hirsutos apretados unos contra otros. ¡Mira cómo arde el Arácneo! Casi todas las noches su cumbre enrojecida recuerda el fuego que anunció a los vigías de Clitemnestra la caída de Troya. Desde el Ida hasta el Arácneo, ¡cuántos mensajes ardientes! Ayer mismo leímos la maravillosa descripción de las hogueras encendidas para anunciar la victoria. Y ahora, tú puedes desgranar entre tus dedos las cenizas del mensajero. Y llevas en tu cabeza el adorno de la esclava real elegida entre el botín de guerra. Todo parece sencillo entre tus manos. El abismo del tiempo se borra entre tú, criatura viviente, y los despojos del Rey y de la profetisa que custodias. Se diría que todo este oro te pertenece desde hace siglos, porque tú eres la belleza y la poesía. Todo tiene cabida en el ámbito de tu respiración. Todo se hace posible bajo tu dominio...

Blanca María. — (Pálida y temblorosa). ¡No me hables así!

Alejandro. — ¿Por qué no quieres que te hable de las verdades que has descubierto en mi alma? ¿No crees que sea necesario manifestar las verdades escondidas que pugnan por expresarse, que han resuelto, al fin, vencer languideces y mentiras, para vivir plenamente? ¡Cuántas veces hemos sumido en el silencio el secreto que nacía en nosotros y a floraba a nuestros labios! No puedo recordarlo sin sentir añoranza y remordimiento. Me parece ver lo bajo las ondas de un agua muda, como algo frío y borroso, lo que habría podido ofrecernos quién sabe qué alegrías, qué dolores, qué bellezas nuevas, si le hubiéramos abierto el cauce de nuestras voces.

El que esconde, el que disimula, el que ahoga sus sentimientos, es perjuro con la vida. ¿Por qué, entonces, no nos hemos mirado a los ojos hasta ahora? ¿Es que temíamos leer en nuestra mirada algo vergonzoso? ¿Es que temíamos descubrir lo que ya sabíamos?

Blanca María. — Nosotros sabemos muy bien que no puede ser, que no será nunca.

Alejandro. — ¡Siempre la barrera de la vida!

Blanca María. — Nosotros sabemos que hay cosas que separan a los vivos más que la muerte. La muerte no podría separarnos tanto como nos separan esas cosas...

Alejandro. — ¿Qué cosas?

Blanca María. — Tú las conoces. Cosas sagradas.

Alejandro. — Yo desearía mil vidas, para que tus labios bebieran hasta saciar su sed, Blanca María.

Blanca María. — No me hables así. Cerca de ti hay una vida mucho más preciosa que la mía. Una vida casi divina y tan profunda, que yo no he podido

nunca acercarme a ella sin temblar. A ella nada le es desconocido, ni extraño. Cada vez que he podido acercarme a ella, he percibido una profundidad de tal belleza misteriosa, que me ha exaltado y humillado a un tiempo. Yo no había llorado nunca como lloré sobre sus rodillas unas lágrimas que me hacían tanto bien y tanto mal...

Alejandro.— ¿No sabes que con el tiempo una terrible esterilidad puede dañar las más sublimes comuniones humanas? Las más fuertes raíces se enlazan bajo tierra, pero su fuerza subterránea no puede hacer germinar ni una hoja, ni una flor. En cambio, cuando estás junto a mí, ¿no sientes una vibración oculta, como la fermentación de la primavera? Tu sola presencia basta para provocar en mi espíritu una fecundidad sin límites. El otro día, cuando estábamos juntos en la galería, mientras el viento empujaba hacia mí tu cabellera, sentí que mi alma se dilataba al infinito.

Incluso el polvo de los sepulcros me traía los gérmenes de una nueva floración. Tú y yo podríamos permanecer el uno al lado del otro en completa soledad, lejos de los caminos de los hombres, inmóviles y mudos, como la campiña al amanecer. Cada soplo de viento nos traería una semilla maravillosa.

Blanca María.— Todo eso sólo existe en ti mismo. Tú lo creas a tu antojo.

Alejandro.— No, Blanca María, eres tú, tú, la dueña de todas las cosas que los hombres añoran sin haberlas poseído jamás. Cuando te miro, cuando percibo el ritmo de tu respiración, me doy cuenta de que existen otras bellezas por descubrir, otros bienes por conquistar, como en los más bellos sueños de la poesía. No sé decirte lo que sentí un día cerca de ti, cuando estalló el primer brote de amor y de deseo.

Fue como el despertar de mi lejana adolescencia. Fue una natividad gozosa, una aurora en la cual yo nací a otra vida infinitamente más pura, más fuerte. Sí, en aquel instante se abrieron sobre mí las manos cerradas del Destino... Navegaba por primera vez desde Pulla hacia los mares griegos.

Fue en el Golfo de Corinto, en la bahía de Salona, en el embarcadero de Itea, donde yo debía abordar para subir a Delfos. Tú conoces aquellos lugares, tú que has peregrinado por todas las tierras consagradas al misterio y a la belleza...

Blanca María.— ¡Salona! Recuerdo una bahía azul rodeada de pequeñas ensenadas secretas rosadas al anochecer, como el fondo de las conchas... Por los montones cavernosos, al borde de la tierra roja, sólo se veían unas míseras espigas y hierbas aromáticas. Recuerdo una noche, sobre el monte la paja se incendió. Las llamas ligeras serpenteaban entre las rocas con la rapidez del rayo. Nunca había visto un fuego tan alegre y luminoso.

La brisa nos traía el aroma de las hierbas quemadas. Todo el mar esparcía el perfume de la menta silvestre. Millares de pequeños halcones, asombrados, revoloteaban sobre el incendio, llenando el cielo con sus gritos.

Alejandro.— Allí fue... Me había dormido sobre el puente, cara a las estrellas en una noche de Agosto. El ruido de la cadena del ancla me despertó al amanecer, cuando la nave ya se había detenido. Tú sabes bien a qué gran distancia el Parnaso derrama la santidad de su antiguo mito. Tus ojos, por donde han pasado las más bellas visiones de la tierra, bebían aquella luz ideal que rodea el monte apolíneo en las mañanas veraniegas. Todavía adormecido, yo no veía más que las cumbres fabulosas en la muda palidez del cielo. Desde el puerto llegaba el canto de los gallos, un canto ágil y bravío, que llenaba el silencio del sublime recinto. ¡Ah!

¡Nunca, nunca olvidaré las promesas de felicidad que en aquel amanecer me brindó su canto triunfal!

Blanca María.— Es verdad, lo recuerdo...

Alejandro.— Otras veces te había mirado, había escuchado tu voz, pero en aquel instante me apareciste como una criatura nueva, recién salida de tu crisálida. Otras veces te había mirado sin ver, te había escuchado sin oír. Ahora te reconozco y me recuerdas las promesas de aquella mañana. Y yo no renunciaré a ninguna de ellas, aunque haya de emplear la violencia para obligar al Destino a cumplirlas.

Blanca María.— ¡Calla! ¡Calla! Hablas como si estuvieras ebrio...

Alejandro.— ¡Te necesito! ¡Te necesito! Si la forma que he dado a mi pensamiento te ha parecido bonita; si la poesía con que he envuelto mi palabra te ha tranquilizado, no quieras confundir el verdadero sentido de esta necesidad que me empuja hacia ti. Mi vida es ahora como un río desbordado por las aguas primaverales, que arrastran bosques arrancados a la tierra y se lanza impetuoso hacia la desembocadura obstruida por su pesada carga y sólo tú puedes apartar ese obstáculo, sólo tú con una hierba, con el tallo de una flor en tu mano pequeña...

Blanca María.— ¡Yo, no! ¡Yo, no! Tu sueño te ciega.

Alejandro.— ¡Tú, tú sola! Yo te encontré en mis sueños, como ahora te encuentro en la vida. Me perteneces, como si fueras mi criatura, formada por mis manos, por mi aliento. Tu rostro es para mí tan bello como mi pensamiento. El batir de tus párpados late en mi sangre y la sombra de tus cejas penetra en lo más íntimo de mi corazón.

Blanca María.— ¡Calla! ¡Calla! Me ahogo... Ya no podré vivir... Ya no podré vivir.

Alejandro.— Ya no podrás vivir más que en mí y para mí. Estás presa en mi vida, como tu voz en tu boca.

¡Cuánto te he esperado! ¡Con cuánta fe te he esperado! No te pregunto lo que hiciste durante los años que permanecemos como extraños, invisibles el uno para el otro, aunque respirando bajo el mismo cielo. Lo sé... Lo sé, tú consagraste

tu vida al misterio y a la belleza, bebiste la poesía en sus orígenes lejanos, soñaste tus sueños en el esplendor de los más altos destinos. Sé lo que hiciste, para que yo hallara presente el alma antigua en la lozanía de tu amor.

Blanca María. — Con tu poderoso aliento exaltas a la criatura más humilde. Yo no he sido más que una buena hermana que rodeaba de ternura sencilla al hermano que trabajaba.

Alejandro. — Pero, ¿es que no existía otra criatura junto a esa buena hermana? La que empañaba con su aliento el oro de las medallas siracusanas, recién extraídas de la tierra árida y las huellas inmortales renacían bajo el calor de sus dedos. La que se arrodillaba al borde de las zanjas donde yacían las estatuas enterradas, la que limpiaba sus rostros de los escombros inertes y veía, de pronto, la sonrisa serena de una divinidad entre la tierra opaca... En el campo de batalla de Marton, ella leía con los ojos llenos de lágrimas los nombres de los atenienses caídos, inscritos sobre una columna heroica... Y en Delfos, adivinaba la melodía mística tallada en el mármol de una estela sagrada. Por todos los lugares donde quedaba un vestigio de los grandes mitos o un fragmento de las bellas imágenes con que la stirpe elegida transfiguraba las fuerzas terrestres, ella pasaba con su gracia vivificante, pisando la lejanía de los siglos, ligera, como quien, por una campiña sembrada de ruinas, persigue el canto del ruiseñor...

Blanca María. — ¿Quién era "ella"? ¿Puedo yo reconocerme en "ella"?

Tú lo transfigurabas todo. Yo no he sido más que una débil compañera, una ayuda voluntaria y la alegría y la pena de mi hermano, eran mi alegría y mi pena. Mi corazón temblaba cuando temblaba su corazón.

Alejandro. — ¡Ah! ¡Qué misterio y qué belleza se derraman sobre tu persona! Tú también, como Casandra, de quien recoges ahora las cenizas y el oro, has traspuesto la puerta Scea. A través de los estratos de las siete ciudades, sobrepuestas, tus ojos han reconocido los restos del fatal incendio profetizado por la voz incansable de la que ahora guarda silencio bajo tu sombra... Tú has abolido la lejanía de los siglos. Era preciso que, al fin, yo hallara en una criatura viva y amada, la unidad de la vida a que aspira el esfuerzo de mi arte. Cuando tu mano levanta la diadema que ornaba la frente de la profetisa, se diría que su alma revive en tu ademán tan sencillo. Tú sola posees el secreto divino. Dime, pues, ¿qué es para ti lo más sagrado, lo más digno de ser conservado y exaltado por encima de todo obstáculo y prohibición?

Blanca María. — No, no, tú estás embriagado de ti mismo. Lo que ves en mí, sólo existe en tus ojos. Tu palabra sabe crear de la nada la imagen que busca tu amor. En ti mismo, sólo en ti está ese poder.

Alejandro. — ¿De qué me sirve ese poder? Todo el poder que hay en mí, permanecería oculto, se quemaría interiormente, si la divina voluptuosidad que emana de ti no ejerciera sobre él esta atracción arrolladora, que exige manifestarse con alegría. Alegría es lo que te pido, alegría... El otro día, cuando te di las flores,

vi la huella de lágrimas sobre tus mejillas, pero a tu alrededor, en el sol, tus cabellos difundían alegría. Es preciso que yo me sienta libre y alegre con la certeza de tu amor, para hallar, al fin, el poema eterno que esperan de mí. Te necesito, Blanca María, te necesito.

Blanca María. — Pues dime, ¿qué quieres de mí? ¿Qué quieres hacer de mí? De mí y de las personas que yo amo, que tú amas también. ¡Dime!

Alejandro. — (Pausa). Deja que se cumpla el Destino.

Blanca María. — ¿Y el dolor que eso supone? ¿No te das cuenta de que una nube de inmenso dolor se cierne sobre nuestras cabezas? ¿No sientes que los seres queridos que viven a nuestro lado sufren al adivinar nuestra culpa? Una desgracia que no pueden evitar... Antes, recordaste mis lágrimas. Si yo pudiera decirte la angustia que sentí aquel día... Si yo pudiera expresarte mi piedad y mi espanto.

¡Ella lo sabía! ¡Lo sabía! Yo sentí que ella lo sabía todo. Sus manos tan vivas, demasiado vivas, registraban mi alma, como se registran los pliegues más recónditos de un vestido. Fue un suplicio indescriptible. Mi secreto estaba en sus manos y ella lo deshojaba, como se deshoja una rosa cortada.

Y, sin embargo, yo percibía que la dulzura se mezclaba con su desesperación y me parecía que su corazón se abría como un cáliz.

Alejandro. — ¿Crees que ella tiene la certeza...?

Blanca María. — La tiene. ¿Y él? ¿No crees que lo sospeche?

Alejandro. — ¡Oh, no! Él no sospecha nada. Lo sé.

Blanca María. — Entonces, ¿a qué se debe su extraño cambio de actitud conmigo? ¿Su tristeza? A veces fija sobre mí una mirada intolerable. Cuando me acerco a él, cuando le cojo la mano, provocho en él una violenta repulsión.

Alejandro. — Te engañas. Él no tiene la menor sospecha. Su extraña agitación se debe tan sólo a su enfermedad.

Blanca María. — ¿Su enfermedad? ¿Tú también crees que está realmente enfermo?

Alejandro. — Es un agotamiento nervioso debido a una tensión demasiado prolongada, demasiado intensa. Las imágenes sepulcrales atormentan su espíritu debilitado. Es cierto que hay en él algo inexplicable, pero él me hablará, me revelará el fantasma que le persigue, me confesará su terror. Un hombre no puede descubrir impunemente los sepulcros y mirar cara a cara a los muertos. Ayer estuvo a punto de hablarme. Esta noche lo buscaré. ¿No sabes a dónde ha ido?

Blanca María. — No, no lo sé. Quizá haya ido a la Fuente Perseia. Es su lugar preferido cuando desea estar solo. ¡El agua! ¡El agua!

¿Qué hay en el mundo más bello que el agua? Aquí todo está seco... Por todas partes reina la sed, la sed... Aquella fuente es el único refugio. Su suave murmullo adormece, adormece los pensamientos. (Se acerca al balcón). ¡El agua!

Cuánto tiempo hace que no la veo deslizarse por un gran río... Una pradera toda verde, un lago con su corona de bosques, una cascada más blanca que la nieve...

Alejandro. — (Cogiéndole las manos, pálido de deseo). Tú eres bella como el agua, como el agua viva que quita la sed... Toda tu belleza se derrama sobre mis sentidos, como un agua palpitante y temblorosa... Para nadie eres tan bella como para mí.

Blanca María. — ¡Déjame Alejandro, déjame!

Alejandro. — Siento tu amor en todas tus venas, en cada uno de tus cabellos... Lo veo brotar bajo tus párpados, aspiro su aroma en tus lágrimas contenidas... Tu rostro palidece dentro de mí... Estás en mí como si te hubiera bebido...

(Tiende sus labios hacia ella, para besarla, pero ella retrocede. Quedan frente a frente, anhelantes).

Blanca María. — (Estremeciéndose). ¡Escucha!

Alejandro. — ¿Qué?

Blanca María. — Su voz... (Escuchan). Es su voz... Su voz... Ella te busca, te busca.

Alejandro. — No temas... No temas...

Blanca María. — Ella lo sabe todo, lo comprende todo. Es imposible esconderle nada. Cuando entre por esa puerta, oírás latir nuestros pulsos. No podemos ocultarle nada.

Alejandro. — No se debe ocultar la verdad a un alma digna de recibirla.

Blanca María. — Pero, el dolor, el dolor...

Alejandro. — Ella es esclava del dolor. Nosotros no podemos librarla de él. Ella pertenece a otra vida.

Blanca María. — ¡Otra vida!

Cuadro segundo

La misma decoración.

(Entra Ana guiada por la Nodriza. Todo su aspecto expresa un gran dolor sereno).

Ana. — ¡Blanca María!

Blanca María. — (Cogiéndole la mano). Aquí me tienes.

Ana. — Puedes retirarte, Nodriza. (La Nodriza sale). Alejandro...

Alejandro. — Aquí estoy, Ana.

(La ciega tiende la mano hacia él. Él la toma y ella permanece unos instantes en silencio entre los dos. Después se aleja de Alejandro y atrae hacia sí a Blanca María).

Ana. — Dame un beso, Blanca María... (Ésta la besa sobre los labios). Me parece que has estado lejos de mí mucho tiempo... ¿Qué hacías? (Blanca María tarda en responder). ¿Qué has hecho?

Blanca María. — He estado aquí casi todo el día, ayudando a mi hermano.

(Alejandro sale al balcón y con templa el campo).

Ana. — ¿Es ésta la sala del tesoro?

Blanca María. — Sí, la sala del tesoro de oro.

Ana. — ¿Y de las cenizas?

Blanca María. — Y de las cenizas.

Ana. — ¿Dónde están las cenizas?

Blanca María. — Allí, en el ánfora de cobre.

Ana. — Llévame allí. Quiero tocarlas.

(Blanca María la conduce hasta donde se hallan las ánforas sepulcrales).

Blanca María. — Aquí están. Estas son las cenizas de Casandra... Aquéllas las del Rey.

Ana. — (A media voz). ¡Casandra! También ella veía siempre la desgracia a su alrededor... La muerte... (Se inclina sobre el ánfora, toma un puñado de ceniza y la hace deslizarse entre sus dedos). ¡Qué suaves son sus cenizas! Se deslizan entre los dedos como la arena del mar... Tú, Alejandro, ayer me leías sus palabras.

Entre sus terribles imprecaciones, había un anhelo infinitamente dulce y triste... Los Ancianos la comparaban con el "ruiseñor leonado"... ¿Cómo decían sus palabras, al recordar el hermoso río de su patria? ¿Y cuando los Ancianos la interrogaban sobre sus amores con Apolo? ¿No lo recuerdas, Alejandro? ¡Alejandro!

Blanca María. — Alejandro no te ha oído, Ana.

Ana. — ¿No me ha oído?

Blanca María. — Ha salido al balcón. Contempla la puesta de sol. Hay una puesta de sol maravillosa. Detrás del Artemisium, todo el cielo arde como una hoguera. La cumbre del Aracneo parece una antorcha encendida. Su reflejo llega hasta aquí. Hace brillar el oro.

Ana. — Llévame cerca del oro.

(Blanca María la conduce).

Blanca María. — Aquí está la cámara de Casandra.

Ana. — (La toca ligeramente). ¿Es ésta su máscara?

Blanca María. — (Guiando su mano). Sí, ésta es.

Ana. — (Palpándola). ¡Qué grande es su boca! Debió dilatarla el horrible esfuerzo de los vaticinios. Ella gritaba, imprecaba, se lamentaba sin cesar. ¿Puedes imaginarte su boca en silencio? ¡Qué asombro debía producir cuando callaba! Cuando el espíritu divino le concedía una tregua en sus clamores.

Quisiera que esta noche me leyeras otra vez el diálogo entre Casandra y los Ancianos. ¿No recuerdas sus palabras cuando habla del dios que ardía de amor por ella y los Ancianos le preguntan si cedió a la ley del amor? Ella se ruboriza al contestar: "Prométeme..." ¿No tienes en la memoria sus palabras?

Blanca María. — (Turbada). No, Ana, no las recuerdo, pero esta noche te las leeré.

Ana. — Casandra engañó al dios y él se vengó. Ya nadie volvió a creerle. Quedó sola con su verdad en lo alto de una torre. (Pausa. Ana sigue palpando la máscara). ¿Tú también, Alejandro, amas a Casandra, el "ruiseñor leonado"?

Blanca María. — Fue víctima de un destino atroz.

Ana. — Casandra era bellísima, como Afrodita. Leonardo ha visto su rostro bajo la máscara de oro. ¡Qué extraño! A mí también me parece haberlo visto. ¿De qué color eran sus ojos?

Blanca María. — Negros, quizá...

Ana. — No, no eran negros, pero lo parecían, porque el ardor fatídico dilatava de tal modo sus pupilas, que devoraban el iris. Yo pienso que durante la tregua que le concedía el furor profético, mientras secaba la espuma de sus labios amarrotados, sus ojos se tornaban dulces y tristes como violetas. Así debieron estar cuando se cerraron para siempre. ¿Recuerdas sus últimas palabras, Blanca María? ¿No las tienes grabadas en la memoria?

Blanca María. — Esta noche te las leeré, Ana.

Ana. — Ella hablaba de una sombra que pasa sobre todas las cosas y de una esponja húmeda que borra todas las huellas. ¿Recuerdas? Son sus últimas palabras. (Pausa. Ana toma entre sus manos una balanza de oro). ¡Escucha!

Blanca María. — Son los halcones del monte Eubea que gritan.

Ana. — ¡Cómo gritan esta noche!

Blanca María. — Cuando el aire quema, gritan más fuerte.

Ana. — ¿Por qué gritan? Quisiera comprender las voces de los pájaros, como las comprendía la adivinadora. Yo no conocía aquel episodio de su infancia que me ha contado Alejandro. Una noche la abandonaron en el Templo de Apolo y a la mañana siguiente la encontraron tendida sobre el mármol con una serpiente enroscada a su cuerpo que le lamía las orejas. Desde entonces, ella comprendía todas las voces esparcidas por el aire. Si ahora estuviera aquí, comprendería esos gritos de los halcones.

Blanca María. — Son gritos de alegría, de felicidad. ¡Qué aves más bellas y fuertes! Si las vieras...

Están llenas de vida. Tienen los colores de las rocas oscuras: cuerpo rojizo, pecho blanquecino, cabeza gris. No hay nada tan gracioso como sus cabecitas grises donde brillan los ojuelos negros en un círculo amarillo. El otro día, cuando los miraba revolotear por el cielo, uno de los guardianes hirió a uno de un tiro en el pecho. El pájaro cayó a mis pies y lo recogí.

A pesar de estar herido de muerte, intentó atacar mis manos... Le ahogaba la sangre que chorreaba de su pico... Una especie de sollozo agitaba su garganta, mientras las gotas rojas caían una a una... Sus ojos se empañaron... Sus garras se contrajeron... Su cabecita se desplomó sobre el pecho con un último sollozo sanguinolento...

Quedó en mi mano como un trapo, lo que minutos antes palpitaba en el cielo, libre y violento.

Ana. — ¡Cómo hablas de la vida y de la muerte, Blanca María! (Pausa). ¿Alejandro está todavía en el balcón?

Blanca María. — Sí, allí está.

Ana. — ¿Qué hace?

Blanca María. — Está mirando a lo lejos.

Ana. — (Pausa). ¿Qué es lo que tengo en las manos?

Blanca María. — Una balanza.

Ana. — ¡Ah! Una balanza... (Toca los platillos). ¿Estaba sobre el pecho de la Princesa muerta?

Blanca María. — Sí, sobre su pecho.

Ana. — ¡Para pesar los destinos! Pero, no está bien nivelada. Me parece que pesa más de un lado.

Blanca María. — Está rota. En un lado falta la cadenita de oro que sostiene el platillo.

Ana. — ¿De qué lado?

Alejandro. — (Volviendo del balcón). ¡Ahí viene Leonardo!

Blanca María. — ¿De dónde viene?

Alejandro. — De la Fuente Perseia.

Ana. — (Dejando la balanza). ¿Quieres que bajemos a la Fuente Perseia, Blanca María? ¿Quieres conducirme allí? Nos sentaremos un rato sobre las piedras, cerca de los chorros, para respirar el perfume de menta y arrayán que huelen tan bien.

Blanca María. — Voy contigo. Coge mi brazo.

(Entra Leonardo y mira a todos con su mirada febril. Todo su aspecto expresa una ansiedad constante).

Leonardo. — Sí, vengo de la Fuente Perseia. Voy allí casi todos los días al ponerse el sol. Es la hora en que el perfume de los mirtos es tan penetrante como el incienso. Esta noche es fortísimo. Parece que se haya posado sobre el agua. Al beberla, el agua tenía el sabor de las esencias oleosas.

Ana. — ¿Has oído, Blanca María?

Blanca María. — ¿Quieres que vayamos allá? Toma mi brazo.

Ana. — (Tomando su brazo). Nosotras bajamos a la Fuente, Alejandro... ¿Se ha puesto el sol?

Alejandro. — Sí, ya ha traspuesto el horizonte.

Ana. — ¿Ya no hay luz?

Alejandro. — Todavía queda un poco de luz.

Ana. — Por eso gritan los halcones.

Alejandro. — Sí, los halcones gritan hasta que aparecen las primeras estrellas.

Ana. — ¡Adiós!

(Sale con Blanca María. Alejandro se queda cerca del balcón contemplando el paisaje. Leonardo sigue con la mirada a su hermana que conduce a Ana, hasta que cruzan el umbral).

Alejandro. — ¿Qué es aquel fuego allá en la cumbre de Larisa? Uno, dos, tres fuegos... Otro más allá, bajo el Licone. ¿Lo ves? ¿Ves las columnas de humo? Parecen inmóviles. No hay un soplo de brisa.

¡Qué calma infinita! ¡Es una de las noches más bellas y solemnes que he visto en mi vida!

(Pausa. Leonardo se le acerca y le pone la mano sobre el hombro con gesto fraternal).

Mira, Leonardo, el color y la línea de las montañas que se recortan sobre el cielo. Cada vez que las miro al anochecer, hago un acto de adoración espontáneo hacia la divinidad. En ninguna otra tierra, como en ésta, se puede adivinar el misterio sagrado de las montañas lejanas. ¿Verdad?

Leonardo. — (Con la voz alterada). Es verdad. Debemos rezar a las montañas, porque son puras.

Alejandro. — ¡Qué puras están esta noche! Parecen de zafiro. Tan solo el Aracneo conserva su púrpura. Su cumbre es siempre la última en apagarse. ¿Y aquellos fuegos?

Mira cómo se multiplican, cómo se extienden por las laderas de las colinas hasta la llanura. Mira, debajo de Larisa forman una corona. ¡Qué extraño! Las columnas de humo son blancas, iluminadas por una luz invisible, sobrenatural...

Quizá eleven al cielo las súplicas de los hombres.

Leonardo. — Los hombres piden agua para la tierra sedienta.

Alejandro. — Una sed terrible...

(Pausa. Leonardo se aparta, da unos pasos por la habitación sumida en sombra, donde centellean los tesoros. Es incapaz de contener su agitación interior. Se acerca a la mesa donde están los tesoros y contempla la máscara de Casandra.

Alejandro, (Acercándose). ¿Estás mirando si las joyas de Casandra están bien ordenadas...? Blanca María las estaba colocando cuando vine a buscarte. Quise ayudarla, pero nos pusimos a charlar y se nos pasó el tiempo sin sentir. Hemos hablado de ti.

Leonardo. — (Agitado). ¿De mí?

Alejandro. — Sí, de ti, de tu secreto.

Leonardo. — ¿De mi secreto?

Alejandro. — (Poniéndole una mano sobre el hombro afectuosamente). ¿Qué tienes? Dímelo... ¿Qué tienes? ¿Por qué tiembles así?

Leonardo. — No sé por qué tiemblo.

Alejandro. — ¿De modo que ya no soy tu hermano del alma? Hace muchos días que espero que me hables, que me confieses tu pena. ¿Es que ya no tienes confianza en mí? ¿Ya no soy para ti el que todo lo comprende, a quien todo se puede decir?

Leonardo. — (Disimulando su angustia). Sí, sí, Alejandro, tú eres siempre el mismo. ¿Qué tengo yo que no te lo deba a ti? ¿Quién era yo antes de conocerte? Te lo debo todo. Tú me has revelado la vida.

Tú me has hecho arder en tu llama, tú has hecho vivir todas las cosas que estaban muertas a mi alrededor.

¿Qué significaría para mí todo este oro, si no te hubiera conocido? Sería un metal inerte. Tú, solamente tú, me has hecho digno de presenciar este prodigio.

Alejandro. — Y ahora, ¿no puedo hacer nada para aliviar tu mal?

Leonardo. — No sé lo que tengo, no sé lo que es mi enfermedad.

Alejandro. — ¡Mi pobre amigo! Hace ya dos años, dos largos años que estás aquí en esta tierra de la sed, a los pies de esta montaña desnuda, cautivo del encanto de esta ciudad muerta, cavando la tierra, rodeado de horribles fantasmas que se yerguen ante tus ojos entre el polvo ardiente. Durante dos años has respirado las exhalaciones mortíferas de los sepulcros ocultos, encorvado bajo el horror del destino más trágico que haya jamás devorado una estirpe humana. ¿Cómo has podido resistir? ¿Cómo no has tenido miedo de volverte loco?

Pareces un hombre envenenado. Hay veces que veo en tus ojos un frenesí delirante.

Leonardo. — Sí, es verdad, estoy envenenado.

Alejandro. — ¿Por qué no quisiste escucharme? Cuando me llamaste, cuando vine aquí, ya padecías esta fiebre maligna. Yo adiviné el peligro. Y quise arrancarte tu idea fija, quise llevarte a otro sitio, quise interrumpir este trabajo agotador. ¿No lo recuerdas? Hubiera querido que pasáramos la primavera en Zacinto al borde del mar, pero tu obstinación fue invencible. Estás embrujado, pero ahora hay que salir de aquí sin demora, hay que ir en busca del agua, del bosque, de tierras verdes. Es preciso que te dejes acariciar por una hermosa campiña verde, que duermas sobre la hierba, que sientas brotar en ti, poco a poco, nuevos pensamientos.

Leonardo. — Sí, tienes razón, es preciso partir lejos, muy lejos de aquí... Pero, ¿dónde? ¿Dónde?... Y ella también, mi hermana Blanca María ha de venir con nosotros... Tiene que venir con nosotros.

Alejandro. — Sí, ella también... También ella se siente oprimida. Tiene necesidad de respirar, de vivir... Blanca María sufre por ti, llora por ti.

Leonardo. — ¿Llora? ¿Llora?

Alejandro. — Sí, Blanca María teme que tú ya no la quieres, que ya no sientes por ella la ternura de antes.

Leonardo. — (Pálido, estremecido). ¿La ternura de antes? ¿Dices que llora? ¿Llora?

Alejandro. — (Casi violento). Pero, ¿qué te pasa? ¿Qué te ocurre? ¿Por qué tiembles así?

Leonardo. — (Con un ímpetu desesperado). ¡Ah! ¡Si tú pudieras salvarme!

Alejandro. — Yo debo, yo quiero salvarte, Leonardo.

Leonardo. — Tú no puedes, no puedes.

Estoy perdido. (Da vueltas por la habitación, como un loco. Se dirige al balcón, lo cierra, se acerca a Alejandro, vacilante). ¿Cómo decírtelo? ¿Cómo decírtelo? Es una cosa tan horrible, tan horrible...

Alejandro. — ¡Leonardo!

Leonardo. — (Se desploma en una silla, apretándose las sienes con las manos). ¡Tan horrible!

Alejandro. — (En la semioscuridad le coge las manos con energía). Pero, ¡habla! ¡Habla de una vez! ¿No ves que me retuerces el corazón?

Leonardo. — Sí, hablaré, te lo diré todo, pero no me mires tan de cerca, no me aprietes las manos. Siéntate allá... Lejos de mí.

Espera, espera que haya más oscuridad... Te lo diré, es preciso que te lo diga a ti, a ti sólo... ¡Esta cosa horrible!

Alejandro. — (Se sienta y le habla a media voz). Mira, ya estoy sentado... Tú estás en la sombra... Apenas te veo... ¡Habla!... ¡Habla!

Leonardo. — ¿Cómo empezar? (Pausa. Leonardo habla con voz ronca y entrecortada. Alejandro le escucha inmóvil, contraído por la angustia). Tú la conoces... Tú la conoces. Sabes lo dulce, lo tierna que es mi hermana... Tú sabes...

Tú sabes lo que ella ha sido para mí durante estos años de soledad y de trabajo... Ella ha sido el perfume de mi vida, el reposo, la ternura, el consejo, el consuelo, la poesía... ¡Todo! ¡Todo! Tú lo sabes, tú lo sabes... (Pausa).

¿Qué otras alegrías he conocido en mi juventud? ¿Qué otra mujer se ha cruzado en mi camino? Ninguna. Mi sangre fluía sin la menor turbación. Yo he vivido como un monje.

Sólo temblaba ante la belleza de las estatuas que desenterraba.

Nuestra vida ha sido siempre pura, como una plegaria en la soledad.

¡Ah! ¡La soledad! ¡Cuánto tiempo hemos vivido el uno al lado del otro, hermano y hermana, solos, solos y felices como niños!... Yo comía los frutos que llevaban las huellas de sus dientes y he bebido en la cavidad de sus manos.

(Pausa). Solos, siempre solos en casas llenas de luz. Ahora, imagínate que uno bebe, sin saberlo, un veneno, un filtro, algo impuro que envenena la sangre, que corrompe el pensamiento, así, de pronto, mientras el alma está serena...

Imagínate esta increíble desventura... Tú estás en una hora cualquiera de tu existencia, en una hora parecida a tantas otras... Es un día de invierno, brillante y limpio como un diamante. Todo está claro, todo está visible... Vuelves de tu trabajo... No descubres nada anormal en ti mismo, ni en las cosas que te rodean...

Tu respiración es sosegada, tu alma está en paz. Tu vida discurre igual que la víspera en su curso diurno del pasado hacia el futuro... Vuelves a tu casa llena de luz y de silencio, como todos los días... Abres una puerta, entras en una habitación y la ves, ves a la compañera inocente, la ves, dormida delante del fuego, arrebolada por las llamas, sus piecitos desnudos expuestos al calor... La miras y sonríes...

Y mientras sonríes, un pensamiento repentino, involuntario, atraviesa tu espíritu. Un pensamiento turbio que todo tu ser rechaza con repugnancia. ¡Inútil! ¡Inútil! El pensamiento persiste, crece, se hace monstruoso, dominante. Se adueña de ti, te absorbe la sangre, te invade los sentidos. Eres su presa miserable y toda tu alma, tu alma pura, se infecta y todo en ti se vuelve sucio, podrido... ¿Puedes creerlo? (Se levanta al oír que Alejandro se ha sobresaltado en la sombra. Da unos pasos hacia el balcón, vuelve a sentarse. Alejandro tiene los ojos fijos sobre él). Ahora, imagínate mi vida aquí en esta casa, solo con ella y el monstruo... Aquí en esta casa llena de sol o de tinieblas, yo solo con ella sola. Una lucha desesperada y oculta, sin tregua, sin salvación posible, día y noche, hora tras hora, minuto tras minuto...

Más atroz cuanto más piedad y ternura me demostraba la pobre hermana ignorante del mal que quería aliviarme... De nada servía el trabajo abrumador, ni el cansancio bestial, ni el sopor que me causaban el sol y el polvo, ni el frenesí con que seguía las huellas que descubría en la tierra que arañaba día tras día... Nada, nada calmaba mi fiebre, nada adormecía ni por un instante mi demencia perversa. Yo cerraba los ojos cuando la veía venir hacia mí desde lejos y mis párpados ardían como ascuas y mientras mis sienes me atronaban los oídos, yo pensaba con angustia:

"¡Ah! ¡Si al abrir otra vez los ojos yo pudiera mirarla como la miraba antes! ¡Si pudiera ver en ella la hermana inocente de mi infancia! Mi voluntad luchaba ferozmente por librar a mi alma de aquel maleficio. Yo sentía la repulsión violenta, el terror con que sacudimos la ropa en que se esconde un reptil. Todo era inútil, inútil. Ella se acercaba a mí con el ademán de siempre, pero a mí me parecía distinto y me turbaba como un saludo ambiguo... Cuanto más inquieto y melancólico me veía, más extremaba su dulzura y cuando sus manos serenas me tocaban, todos mis huesos se estremecían, se me helaba la sangre, un sudor frío empapaba mi frente y hasta en la raíz de mis cabellos sentía el terror de la muerte. ¡Mucho peor que la muerte era para mí el temor de que ella pudiera adivinar la verdad, la tremenda verdad! Y la noche, ¡la noche! Si la luz era temible, la oscuridad me resultaba aún más tremenda. La oscuridad se llenaba de alucinaciones, de delirios. Ella dormía en una habitación contigua a la mía y todas las noches en el umbral me ofrecía sus mejillas antes de retirarse. Desde su cama me hablaba a través de la pared.

Yo escuchaba su respiración acompasada cuando dormía. Yo no conseguía conciliar el sueño. Los párpados me abrasaban los ojos y las pestañas se clavaban en ellos como agujones en una llaga... Y las horas interminables morían una tras

otra hasta el alba... Al amanecer, el cansancio me rendía al fin, pero entonces el sopor se llenaba de sueños. ¡Oh, los sueños infames de los cuales el alma no puede defenderse! Es preferible velar, estar despierto para sufrir sobre la almohada, como sobre un zarzal de espinas... ¿Comprendes? ¿Comprendes? Y cuando, por fin, el sueño vence al sufrimiento como una losa que aplasta, cuando la pobre carne se vuelve torpe y pesada como plomo, cuando todo el ser sólo quiere morir, entonces empieza la lucha contra la exigencia de la naturaleza con el terror de caer víctima, durante el sueño, del monstruo repugnante... Me despertaba aterrado, me sentía culpable, toda mi carne se contraía, sin saber si lo había soñado o si realmente había consumado el crimen y extenuado, más mísero que antes, me levantaba con la cabeza hundida, la mirada fija en la tierra, como una bestia...

Alejandro. — (Con una voz ahogada, desconocida). ¡Calla! ¡Calla!

(Se levanta, no pudiendo soportar más el dolor. Se dirige al balcón, respira, levanta los ojos hacia el cielo estrellado).

Leonardo. — Te he hecho daño, mucho daño... Mira, mira las estrellas, respira, tú que puedes.

Alejandro. — (Vuelve a su lado, le toca la frente con mano temblorosa y le habla en voz baja). Ahora, calla... Calla... No digas más.

(Da unos pasos vacilantes en la sombra, va hacia la puerta, la abre, mira hacia fuera, vuelve a cerrarla. Se acerca a Leonardo, que tiene la cabeza entre las manos, pone la mano sobre su hombro y luego vuelve al balcón. Leonardo se levanta y se acerca a él. Los dos, muy juntos y en silencio, contemplan la campiña cuajada de hogueras en una noche extraordinariamente apacible y pura).

Telón

Acto III

La misma sala del primer acto. Por la galería abierta se vislumbra el cielo nocturno palpitante de estrellas. Sobre la mesa arde un candelabro. Reina un profundo silencio.

(Ana está sentada cerca de los escalones que conducen a la galería. El hálito de la noche acaricia su rostro pálido, levantado hacia las estrellas, que no son invisibles para sus ojos ciegos. La Nodriza está arrodillada delante de ella, triste, sumisa. La voz de Ana tiene una animación singular, parecida a la volubilidad de una ligera embriaguez).

Ana. — (Tendiendo las manos hacia la noche). De cuando en cuando, me llega una ráfaga de brisa... Se ha levantado un poco el viento, ¿verdad? ¿No percibes el aroma de los mirtos, Nodriza?

La Nodriza. — Se ha levantado el viento.

Ana. — La tierra respira... Antes, cuando bajé a la Fuente con Blanca María, no se notaba el más leve soplo. Era una calma perfecta, sin mutación alguna. No nos decíamos una sola palabra por no turbarla.

Tan sólo la Fuente lloraba y reía. ¿No has prestado nunca atención a la voz de esa Fuente, Nodriza?

La Nodriza. — La Fuente dice siempre lo mismo.

Ana. — No es verdad... No es verdad.

Antes, Blanca María y yo guardábamos silencio y el agua decía una infinidad de cosas que me penetraban persuasivas... Me han persuadido a hacer lo que es preciso, Nodriza... El agua buena y pura viene desde las profundidades de la tierra.

La Nodriza. — ¿Qué es lo que quieres hacer?

Ana. — Quiero irme, irme lejos.

La Nodriza. — ¿Quieres irte? ¿A dónde?

Ana. — Tú lo sabrás, lo sabrás... No te agites. Quédate tranquila. ¡Mi pobre Nodriza! Por aquel camino iré sin que tú me guíes. Ya no me será preciso apoyarme en ti. En mis ojos se hará la luz. ¿Qué decías de mis ojos el otro día? ¿No me dijiste: "Por qué el Señor te los habría dejado tan bonitos si no quisiera iluminarlos otra vez"? Recuerdo tus palabras y ahora sé que mis ojos son bonitos.

La Nodriza. — ¡Cómo hablas esta noche! Hay algo, algo bajo tus palabras, pero yo no soy más que una pobre vieja.

Ana. — (Pone las manos sobre los hombros de la Nodriza con una súbita emoción). Sí, tú eres mi pobre y querida vieja; tú eres mi primera y última ternura. Siempre he sentido unas gotas de tu leche en mi corazón. Tu pecho se ha secado, pero tu bondad se ha hecho más grande cada día. Tú me conducías de la mano cuando mis pies menudos no sabían dar un paso y ahora, con la misma paciencia, me conduces en esta horrible oscuridad. Tú eres una santa, Nodriza. Yo guardo un paraíso para ti en mi alma.

La Nodriza. — Ahora quieres hacerme llorar...

Ana. — (Echándole los brazos al cuello). ¡Ah! ¡Perdóname! ¡Perdóname! Yo debo hacerte llorar.

La Nodriza. — (Asustada). ¿Por qué me hablas así? ¿Por qué me estrechas así?

Ana. — Por nada... Por nada... Hablo así, porque ya no puedo darte ninguna alegría, Nodriza, ninguna alegría.

La Nodriza. — Tú no me escondes nada, ¿verdad? Tú no sabrías engañar a tu pobre vieja Nodriza, ¿verdad?

Ana. — No, no. ¡Perdóname! No sé lo que digo esta noche. No sé lo que siento. Antes me sentía ligera, como si estuviera a punto de librarme de un peso. Me sentía casi alegre. Hablaba, hablaba...

Luego, me ha vuelto la tristeza y te he causado pena, pero ya me siento mejor, casi bien, porque te tengo abrazada... Quisiera que me sentaras sobre tus rodillas, que me contaras las pequeñas cosas lejanas que guardas en tu memoria de mí, de cuando vivía mi madre. ¿Recuerdas?

¿Recuerdas? (Pausa). ¡Ah! ¿Por qué no he tenido un hijo? ¡Un hijo de él! Estaría salvada. ¡Salvada!

Ninguna madre ha querido tanto a la criatura de su sangre, como yo habría querido a la mía. Todo lo demás me parecería nada. Yo habría vertido sin cesar lo más dulce de mi vida en la suya. A cada instante habría escudriñado en su pequeña alma para descubrir la semejanza única y su ternura me habría sido más preciosa que la luz. Pero, el mismo Juez me ha hecho ciega y estéril en penitencia ¿de qué culpa, Nodriza? Dime tú, ¿qué gran crimen ha sido cometido? (Pausa. La Nodriza tiene los ojos llenos de lágrimas). ¡Qué pronto me abandonó mi madre! Ella me tenía a mí y me adoraba y, sin embargo, no era feliz. Tú lo sabes, ¿verdad? Tú lo sabes bien. Tú sabes por qué murió. Tú no has querido decirme nunca por qué murió y cómo murió...

La Nodriza. — Fue una fiebre, una gran fiebre repentina que se la llevó en una sola noche. ¿no lo sabías?

Ana. — No, no fue la fiebre, no. ¿Por qué no has querido nunca decirme la verdad?

La Nodriza. — Esa es la verdad.

Ana. — No, no lo es. Por la noche mi madre estuvo a la cabecera de mi cama y yo sentí sus besos sobre mi cara y algo tibio y húmedo, como las lágrimas. Luego el sueño venció la pena confusa de mi corazón y me pareció que ella hacía llover sobre mi cabeza, sobre mi cuello, sobre mis manos los pétalos de las rosas que yo había deshojado aquel día en el estanque del jardín...

Esta fue la última visión que tuve de mi madre. Más tarde, tú viniste a despertarme y me preguntaste si yo la había visto y estabas jadeante... Yo volví a adormecerme, pero oía el ruido de pasos en el jardín, como de gente que buscara algo y, por la mañana, poco después de salir el sol, viniste otra vez a despertarme y me cubriste con una manta y me llevaste en brazos y tus brazos temblaban... Me llevaste a otra casa donde todo el mundo hablaba en voz baja y estaban pálidos... Nunca más volví a ver a mi madre. Y después cuando volvimos a nuestro jardín, tú siempre me alejabas del estanque y cuando estabas cerca, tus labios se movían, como si rezaras... (Pausa).

¡Dime la verdad! ¡Dime la verdad! ¿Por qué quiso morir?

La Nodriza. — ¡No, no, tú te engañas! ¡Te equivocas!

Ana. — ¿No lo sabré nunca?

La Nodriza. — Te equivocas. Así, no haces más que renovar mi dolor.

Ana. — ¡Perdóname! He vuelto a atormentarte... ¿No percibes el aroma de los mirtos? ¡Es tan fuerte!

(Se levanta y tiende las manos hacia la galería). Se ha levantado el viento... Parece que tintinea entre mis dedos como cristal... ¿Está abierta la puerta de mi habitación?

La Nodriza. — Sí, está abierta.

Ana. — ¿Están abiertas todas las ventanas?

La Nodriza. — Todas.

Ana. — El viento pasa, como un río perfumado... ¿Dónde estará Blanca María?

La Nodriza. — Quizá esté en su habitación. ¿Quieres que la llame?

Ana. — No, déjala descansar. ¡Pobre criatura! En la Fuente, el perfume de los mirtos era tan intenso, que estuvo a punto de desvanecerse.

Mientras subíamos la cuesta, yo la sentía tambalearse. Más de una vez tuve que sostenerla. Era yo quien la conducía a ella, no ella a mí... ¿Ves qué segura estoy, Nodriza? Creo que podría bajar y subir sola.

La Nodriza. — ¿Por qué hablas tanto de esa Fuente?

Ana. — A todos nos atrae, como un manantial de vida. ¿No es la Fuente la única cosa viva en este lugar donde todo está muerto y quemado? Sólo ella apaga nuestra sed. Y nuestra sed absorbe ávidamente su frescura. Si no estuviera allí, nadie podría vivir. Nos moriríamos de esta sed ardiente.

La Nodriza. — ¿Por qué hemos venido a este lugar maldito? El verano ha llegado de pronto como un infierno. Es preciso huir. ¿Cuándo nos marchamos?

Ana. — Pronto, pronto, Nodriza...

La Nodriza. — Este es un sitio maldito por Dios. El castigo del cielo pesa sobre esta tierra. Todos los días las procesiones suben a la capilla del Profeta Elías.

Esta noche la campiña está llena de hogueras, pero no cae una gota de agua. ¡Si vieras el río! Las piedras están secas y blancas, como los huesos de los muertos...

Ana. — ¡El Inaco! El otro día Alejandro lo cruzó a caballo. ¡Fue el día del oro! (A tientas va a sentarse sobre la última grada de la galería). ¿Quieres que te cuente la leyenda de ese río? Escucha...

Habíase una vez un Rey que se llamaba Inaco y este Rey tenía una hija bellísima, Io... Era tan bella, que otro Rey omnipotente, el Rey del Mundo, se enamoró de ella y la quiso para sí, pero su mujer, celosa, la convirtió en una novilla blanca como la nieve. Y la dio a guardar a un pastor que se llamaba Argos y este pastor tenía cien ojos... Este terrible guardián apacentaba a la novilla cerca del mar en la pradera de Lerna y de día y de noche espiaba sus huellas con sus cien ojos... Entonces, el Rey del Mundo, para librar a la virgen, envió al Príncipe Erme a matar al cruel guardián y el Príncipe, al llegar a la pradera, se puso a tocar la flauta con tal dulzura, que Argos se durmió y el Príncipe cortó con su espada la cabeza del durmiente de cien ojos. Pero, la mujer celosa disparó un aguijón que se clavó en el costado de la novilla, como una flecha de fuego y la hizo enloquecer de dolor. Con el aguijón clavado en el costado, Io, frenética, se puso a correr por las arenas del mar y por toda la tierra... Atravesó los ríos y los estrechos, cruzó las montañas, siempre con el aguijón clavado en el costado, loca de dolor y de terror, devorada por la sed y el hambre, agotada por la fatiga, con espuma en la boca, anhelante, mugiendo sin tregua...

Por fin, en una tierra lejana de ultramar, el Rey que la amaba se le apareció y, rozándola apenas, logró tranquilizarla y devolverle su forma humana. Y ella parió un niño negro y de aquel niño negro, al cabo de cinco generaciones, nacieron las Danaides, las cincuenta Danaides... (Se inclina sobre la Nodriza que se ha dormido).

¿Duermes, Nodriza?

La Nodriza. — No, no, escucho...

Ana. — Tienes sueño, ¡mi pobre Nodriza! En un tiempo tú me contabas fábulas para dormirme... Anda, vete, vete a descansar. Te llamaré si te necesito.

La Nodriza. — No, no tengo sueño. Es que tu voz es tan dulce...

Ana. — ¿Está Alejandro en su habitación?

La Nodriza. — Sí, allí está.

Ana. — Oí que cerraba la puerta. He oído dar vuelta a la llave.

La Nodriza. — ¿Quieres que le llame?

Ana. — ¡Oh, no! Puede que necesite estar solo. Quizá trabaje. (Escuchando). Ahora viene por la escalera...

(La Nodriza se levanta y va hacia la escalera. Entra Leonardo, abatido).

Leonardo. — (Se acerca a Ana). ¿Estás aquí Ana? ¿Estás sola?

Ana. — (Se levanta y le da las manos). Esperaba que viniera alguien. Alejandro está todavía en su habitación y Blanca María creo que descansa. En la Fuente casi se desvaneció a causa del perfume demasiado violento de los mirtos...

Vete, Nodriza, te llamaré...

(Sale La Nodriza).

Leonardo. — ¿Has dicho que Blanca María estuvo a punto de desvanecerse?

Ana. — Fue un vértigo. Para reponerse, metió las manos en el agua. A la vuelta yo misma la conduje. ¡Conozco tan bien el camino! Creo que sería capaz de bajar y subir sola, sin perderme.

Leonardo. — Tú nunca podrás perderte, Ana.

Ana. — Por ese camino, nunca.

Leonardo. — ¿Quieres sentarte?

Ana. — (Le da las manos). No, quiero subir a la galería. Debe de ser una noche maravillosa.

(Leonardo la guía. Los dos se detienen entre las dos columnas).

Leonardo. — Sí, maravillosa. Tan clara, que se distingue cada una de las piedras de los muros de la ciudad muerta.

Ana. — ¿Llamas muerta a la ciudad del oro? A mí me parece que ha de seguir viviendo una vida inaccesible. Tú has de ver siempre lo que sólo tú has visto.

Leonardo. — No, está muerta y bien muerta. Ya me ha dado todo lo que podía darme. Ahora, ya no es más que un cementerio profanado. Los cinco sepulcros no son más que cinco bocas deformes, vacías...

Ana. — Volverán a tener hambre.

(Pausa). ¿Estás contemplando las estrellas?

Leonardo. — Nunca las he visto tan luminosas. Tienen un destello tan vivo y potente, que parecen cercanas. La Osa Mayor casi da miedo.

Llamea como si hubiera entrado en la atmósfera terrestre. La Vía Láctea palpita como un largo velo movido por el viento...

Ana. — ¡Ah! ¡Por fin reconoces la belleza del cielo! Alejandro decía que, fascinado por los sepulcros, habías olvidado las bellezas del cielo.

Leonardo. — Para mirar al cielo hay que tener los ojos puros.

Ana. — ¿Te ha dado Blanca María el medicamento que te prometió?

Leonardo. — Sí y mis ojos empiezan a curarse.

Ana. — (Con dulzura, intentando acercarse a su alma). Leonardo, tú tienes algo contra tu hermana...

Leonardo. — (Sobresaltado). No te comprendo. Tus palabras me sorprenden.

Ana. — Hace demasiado tiempo que te veo sufrir. Lo adivino en la oscuridad. No sé expresarme. Es como un laberinto de cosas secretas tejidas en silencio. Una trama impalpable, que oprime como un nudo... Yo no puedo vivir así, no puedo. Sólo puedo vivir en la verdad, porque mis ojos se han apagado. Vamos a decirnos la verdad.

Yo sola soy la causa de esta miseria. Ya no pertenezco a la vida bella y cruel y soy un estorbo, un obstáculo inerte contra el cual se quebrantan tantas esperanzas...

¿Qué culpa tiene esa criatura querida, si ella obedece, temblando y llorando, a la fatalidad que la empuja? ¿Por qué le niegas tu ternura, si todo lo humano que hay en ella cede al más humano de los impulsos? Lo que dormía en ella, de pronto, se ha despertado y ella misma está aterrada ante el ímpetu de este despertar... Yo sé cómo el deseo de vivir arde en su sangre.

Yo la he tenido entre mis manos, la he sentido palpitar entre mis manos, como una alondra salvaje, perfumada y fresca por el aire matutino que ha bebido. Toda su cara latía entre sus cabellos como un impulso violento. Es increíble la fuerza vital que hay en ella. Ella misma la teme, como se teme a una enfermedad desconocida, cuyo frenesí arrollador es incontenible. A veces, cree haberla dominado bajo el peso de la angustia, pero, de pronto, surge una nueva voz que hace proferir a sus labios palabras involuntarias... Antes, entre las cenizas y el oro, cuando entraste tú, me hablaba de un halcón herido cuyas alas temblaban en su voz.

(Pausa). ¿Qué culpa es la suya, si ama? (Leonardo escucha petrificado). ¿No crees, Leonardo, no crees que ha sacrificado su juventud a tu lado? ¿Tu afecto fraternal puede pedirle el sacrificio de su vida entera? La otra mañana ella se sentía morir mientras me leía la lamentación de Antígona.

Ella está hecha para dar y tener alegría. ¿Y tú querrías, Leonardo, querrías que renunciara a su parte legítima de alegría?

(Pausa). Y él... ¿Cómo podría él no amarla? Ella es para él la aparición viva de su sueño, la Victoria que coronará su vida. ¿Qué soy yo para él, sino una cadena pesada, un vínculo intolerable? Tú conoces su profunda aversión a todo dolor inerte, a toda pena inútil, a toda prohibición que se oponga al ímpetu de las fuerzas generosas en su grado supremo. Tú sabes con qué afán busca y absorbe todo lo que puede aumentar y acelerar la virtud activa de su espíritu, para lograr la obra cumbre de belleza que se ha propuesto. ¿Qué soy yo, qué puede valer una pobre larva semiviva ante el mundo infinito de poesía que lleva dentro de sí y que ha de revelar a los hombres? ¿Qué es mi tristeza solitaria en comparación con el dolor infinito al que podrá sustraerse, gracias a las revelaciones del arte puro? Yo estoy semiviva, ya tengo el pie en la sombra. Me bastará dar un paso, un pequeño paso, para desaparecer...

Yo sé lo que se retuerce en torno a este resto de vida: la unión legítima, los prejuicios, la compasión, el remordimiento... Recuerdo una columna de piedra truncada y corroída, que había quedado en el muelle de un viejo puerto, donde todavía se veía a flor de agua el esqueleto de una nave. Recuerdo aquel muñón inútil a cuyo alrededor se veían todavía los nudos de la maroma carcomida, restos de las viejas amarras... A su lado, el mar libre seducía lleno de promesas irresistibles... (Pausa. Tiende las manos hacia Leonardo, que permanece mudo de emoción). Pierdo lo que amo, salvo lo que puedo... Pon tus manos en las mías, Leonardo.

(Se estremece a su contacto) ¡Están más frías que las mías! ¡Están heladas!

Leonardo. — (Con voz apagada). Perdóname, Ana, si no sé decirte una sola palabra. Mañana te hablaré. Prométeme que esperarás, que me escucharás... Ahora no sé, no puedo... Tú me comprendes, Ana...

Prométeme que me escucharás mañana.

Ana. — ¿Qué podrás decirme? ¿No bastan mis palabras? ¿No he dicho ya lo que era mejor callar? La vida nos ilusiona y nos arrastra, incluso cuando queremos huir de ella.

Leonardo. — ¿Tú estás segura, verdad?

¿Estás segura de que él la ama y de que ella le ama? Tú, Ana, ¿estás segura de su amor? ¿No es una duda, una sospecha? ¿Estás segura?

¿Segura?

Ana. — Y tú, ¿no estás seguro?

(Leonardo calla). ¿Por qué callas? Oh, todavía sientes compasión de mí!

Leonardo. — (En voz baja, mirando ansiosamente hacia la puerta de la izquierda). Alejandro está allí...

Tú lo verás... ¿Le dirás que me has hablado? ¿Que me has dicho esto?

Ana. — No, no, perdóname, Leonardo, perdóname... También contigo debí callar. ¡Qué difícil es el silencio para los que renuncian a la vida!

Leonardo. — Volveré a verte mañana.

Te hablaré. Me reuniré contigo aquí mañana a la misma hora... Me lo prometes, ¿verdad? Gracias, Ana... (Le besa las manos). ¡Gracias! ¡Adiós!

(Desaparece escaleras abajo, como quien huye despavorido).

Ana. — ¡Leonardo! ¡Leonardo! (Baja las escaleras...) ¡Leonardo! ¡Leonardo! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Cómo temblaba al salir!

(Entra Blanca María asustada).

Blanca María. — ¿Llamas a Leonardo? ¿Qué ocurre? ¡Habla, Ana! ¿Dónde está Leonardo?

Ana. — No tengas miedo. Hace un momento estaba aquí, hablando conmigo en la galería. Luego ha salido, no sé por qué... No sé a dónde va...

Lo llamaba porque, de pronto, tuve el deseo de salir con él. La noche está tan suave, pero él no me oyó.

Blanca María. — He tenido miedo...

Ana. — No tengas miedo, Blanca María.

Blanca María. — Estaba sola en la sala de los tesoros, arreglando las joyas de Casandra, para que, cuando vuelva Leonardo, lo encuentre todo ordenado. La verdad, no estaba tranquila. De cuando en cuando, me daba un escalofrío. ¡Si vieras aquella máscara de oro de noche a la luz de una lámpara! Tiene un aspecto extraño, parece viva. Un soplo de viento apagó la lámpara y me encontré en la oscuridad y en aquel mismo instante oí tu voz llamando a Leonardo. Sí, tuve mucho miedo...

Ana. — ¡Qué niña!

Blanca María. — (Abrazando a Ana). Tengo miedo. El miedo se ha apoderado de mí, Ana. No sé lo que es. Quisiera huir, huir no sé a dónde. Dime tú, Ana, tú que eres la bondad y la fuerza, tú que sabes perdonar y defender... Pongo mi alma en tus manos, pongo mi vida en tus manos santas, que saben la verdad, manos que he empapado con mis lágrimas. Dime lo que he de hacer.

Ana. — (Acariciándola con ternura). ¡Cálmate! ¡Cálmate! No tengas miedo. No temas nada. Nadie te hará daño, ¡pobrecita! Yo estoy aquí. Quiero salvarte. Ten fe... Ten fe... Espera todavía un poco...

Blanca María. — ¡Ana! Yo no quiero dejarte, no quiero separarme nunca de ti. Quiero huir contigo lejos, quedarme para siempre a tu lado, a tus pies, ser tu esclava fiel, obedecer tu voluntad, custodiarte, como se custodia una imagen piadosa, rezar por ti, morir por ti, como tu Nodriza. Te consagro todas las devociones de mi alma.

Ninguna pena me parecerá grande con tal de consolar tu dolor. Si yo pudiera rescatar con mi sangre estos días de angustia y de maldición, si al precio de un suplicio atroz pudiera borrar las huellas de estas cosas, créeme, Ana, no vacilaría un instante.

Ana. — ¡Querida mía! Toda tu sangre, todas tus lágrimas no podrían hacer revivir una sola sonrisa. Toda la bondad de la primavera no puede hacer florecer una planta cuyas raíces están heridas. No te atormentes, pues, Blanca María, no sufras por lo que ya se ha cumplido y pertenece al pasado. No quiero que nadie intente consolarme. No quiero que nadie tenga compasión de mí. Quisiera encontrar un camino tranquilo para mis pies inseguros, algún lugar donde el

sueño y el dolor se confundan. Donde no haya estrépito, ni curiosidad, donde nadie me viera, ni escuchara.

Quisiera no hablar más, pues, a cierta hora de la vida, nadie sabe qué palabras se deben decir y cuáles callar... Yo quisiera, Blanca María, que tuvieras fe en mí, como en una hermana mayor que se ha marchado en silencio, porque lo ha comprendido todo y perdonado todo.

En silencio... En silencio... Me prometiste leer para mí. Ven, ayúdame a sentarme.

Blanca María. — ¡Escucha, Ana, escucha! Nada está perdido. No hay nada irreparable. Tú no has podido pronunciar con voz más dulce las palabras más desesperadas.

¿Crees que yo no comprendo? Te aseguro que nada está perdido. No sé qué miedo injustificado me ha arrojado en tus brazos. Te he pedido que me defendieras, que me salvaras de un peligro que ignoro, un peligro que no veo. Soy débil.

Estos terrores pueriles se apoderan de mí, de mi espíritu y lo trastornan... Escucha la verdad, Ana. ¿Quién podría mentir ante ti? Cuando entraste en la sala del oro, cuando me diste un beso en los labios, tú sentiste que mis labios eran puros, ¿verdad? Por la memoria de mi madre, por la cabeza de mi hermano, yo te juro, Ana, que seguirán puros, sellados por tus propias manos.

(Oprime sus labios sobre las manos de Ana).

Ana. — No jures... No jures... Tú pecas contra la vida. Es como si cortaras todas las rosas de la tierra, para negarlas a quien las desea. ¿De qué valen? ¿A quién sirven? ¿Acaso puedes cortar el deseo? Yo sentí que tus labios eran puros, puros como el fuego, pero algunos minutos antes, también sentí que dos vidas se atraían la una a la otra con todas sus fuerzas y que sus miradas se cruzaban fijamente a través de mi dolor, como a través de un cristal a punto de quebrarse...

Blanca María. — ¡Dios mío! ¡Dios mío! Tú te empeñas en cerrar todas las puertas.

Ana. — Una sola queda abierta.

Blanca María. — Yo saldré por ella.

Ana. — La tuya es la puerta del porvenir. ¡Ten fe! Espera todavía un poco. ¿Sientes el olor de los mirtos? Es embriagador como el vino caliente... A pesar del viento, la noche conserva su calor. A mí también me dio vértigo una vez... Era en la época de la gran alegría, una época muy lejana. Íbamos a Megara a lo largo del Golfo de Egina...

¿Conoces aquella playa? Entonces estaba blanca como la sal, cuajada de mirtos y de pequeños pinos retorcidos, que se reflejaban en el agua serena. A mis ojos extáticos, los mirtos parecían hogueras de una llama verde y el mar immaculado y nuevo era como una corola abierta.

Blanca María. — ¡Qué sonido tiene tu voz, Ana! Es tan dulce, que llega al fondo de mi alma, como música...

Cuando hablas de cosas bonitas, se diría que sube a tus labios el eco de no sé qué canción... Háblame todavía de cosas bonitas, Ana...

Ana. — Háblame tú de tu sueño, Blanca María. ¿A qué país querrías ir? ¿A Siracusa? Cuando vinimos aquí, pensábamos pasar la primavera en Zacintos. Alejandro quería llevar a Leonardo a Zacintos, para que descansara. Yo no conozco esa isla, pero una noche, durante mi primer viaje, la vi desde lejos y me pareció la Isla de los Bienaventurados. Fue cerca de Mirtia... ¡Mirtia! ¡Qué nombre tan dulce! Tú debías llamarte así...

El sol se había puesto. Recuerdo unas grandes colinas de aspecto sagrado, cubiertas de viñedos tupidos, que parecían praderas, pero de un verde más apasionado, porque el ardor del día había puesto mustios los sarmientos. Y en medio de los viñedos se abría paso una fila de cipreses negros y meditabundos. La luna redonda ascendía en el cielo pálido sobre las puntas de los cipreses negros. A lo lejos se divisaba la silueta divina de Zacintos sobre el mar, como esculpida en un bloque de zafiro por el más delicado artista, sobre un fondo rosado encima del mar... Así la veo todavía... Allí es donde debimos pasar la primavera. Creo que allí habríamos encontrado otra vez tus naranjas, las que mordías, como se muerde el pan... Tengo sed.

Blanca María. — ¿Tienes sed? ¿Qué quieres beber?

Ana. — Un poco de agua.

(Blanca María se levanta, se acerca a la mesa y vierte el agua de una jarra en una copa).

Blanca María. — Aquí tienes el agua.

Ana. — (Después de beber). Está casi templada... Siempre he deseado beber como beben los animales...

Un día escuché cómo bebía así Alejandro, a grandes sorbos y tuve envidia... Debe de ser delicioso tenderse en tierra y mojarse la cara entera hasta la frente. ¿Lo has probado tú?

Blanca María. — Yo siempre bebo así.

Es realmente delicioso. Parece como si toda la cara bebiera. Las cejas palpitan sobre el agua como las mariposas cuando se ahogan. Yo tengo el valor de

mantener los ojos abiertos bajo el agua y mientras el agua entra por mi garganta, descubro en el fondo unos secretos maravillosos. No sabría decirte las figuras extrañas que dibujan los guijarros.

Ana. — Ahora tu voz es tan fresca como la de un arroyo. Me parece oír correr el agua sobre tu cuerpo, como sobre la estatua de la Fuente. (Pausa). ¿No crees, Blanca María, que las estatuas de las fuentes deben de ser muy felices?

Por su belleza inmóvil y perenne circula una vida que se renueva constantemente. Ellas disfrutan a un tiempo de la inercia y de la fluidez. En los jardines solitarios parecen exiladas, pero no lo están, porque su alma líquida no deja de comunicarse con las montañas lejanas de donde vinieron dormidas, encerradas en el mineral amorfo. Ellas escuchan atónitas las voces que suben a sus bocas desde las profundidades de la tierra y no son sordas a los coloquios de los poetas y los sabios que gustan reposar a su sombra musical, donde el mármol eterniza su gesto sereno. ¿No te parecen felices?

Quisiera ser una de ellas, porque tengo en común con ellas la ceguera.

Blanca María. — ¡Oh, Ana! Tú tienes en común con las fuentes la virtud de calmar la angustia y otorgar el olvido. Cuando hablas de cosas hermosas, quien te escucha olvida su pena y cree poder vivir otra vez una vida dulce.

Ana. — Sí, la vida puede ser todavía dulce. No temas. Todo pasa, todo es nada. ¿Cómo dice Casandra de las cosas humanas? "Si son adversas, una esponja empapada en agua borra todas las huellas". ¿Por qué no me lees un poco? Me lo habías prometido.

Blanca María. — ¿Qué quieres que te lea?

Ana. — El diálogo de Casandra y el Coro de Ancianos.

(Blanca María busca de mala gana el libro de Esquilo sobre la mesa).

Ana. — ¿Has encontrado el libro?

Blanca María. — Sí, aquí está.

(Abre el libro y busca la página).

Ana. — Léeme un poco.

Blanca María. — (Leyendo).

"Casandra. — ¡Oh cielos! ¡Oh tierra! ¡Apolo! ¡Apolo!

Coro. — Otra vez vuelve a gemir y a llamar al dios, que no acude jamás a las lágrimas.

Cassandra. — ¡Apolo! ¡Apolo! Que me has traído hasta aquí y eres mi perdición. ¡Por segunda vez me pierdes en una ruina total!

Coro. — Diríase que está vaticinando sus propios males. Esclava y todo, el numen divino habita en su alma.

Cassandra. — ¡Apolo! ¡Apolo! ¿A dónde me llevas tú? ¿Bajo qué techo?

Coro. — Bajo el de los Atridas. Yo te lo digo, si es que no lo sabes. No podrás decir nunca que falté a la verdad.

Cassandra. — ¡Techo aborrecido de los dioses, testigo de innumerables crímenes! ¡Lazos suicidas! ¡Esposo degollado! ¡Suelo todo cubierto de sangre!

Coro. — Como una perra fina, así tiene el olfato la extranjera. Sigue la sangrienta pista de algún crimen y ya la encontrará.

Cassandra. — ¡Ahí están los testigos en que me fundo: esos niños degollados a pesar de sus ayes lastimeros; esas carnes asadas que devora un padre..."

Ana. — (Interrumpiéndola). ¡Basta! No leas más. Es demasiado lúgubre. Volvamos a Antígona en el punto donde la dejaste la otra mañana. ¿Recuerdas? Era cuando Antígona se deja vencer por el dolor. Parecía que su voz se dorase como la cima de un ciprés al ponerse el sol.

Blanca María. — (Después de buscar el libro). No encuentro el libro...

Ana. — ¿No lo has visto desde el otro día?

Blanca María. — ¡Ah! Aquí está.

(Abre el libro y busca la página).

"Ya oí contar la terrible muerte de la extranjera Niobe, hija de Tántalo, en la cima del Sipilo, a la cual, como espesa hiedra, ciñó por todas partes el brote de la piedra. Ni las lluvias, según dicen los hombres, ni la nieve dejan que su cadáver se corrompa, sino que sus ojos, que no cesan de llorar, humedecen los collados. De modo muy semejante al de aquella en el lecho me tiende el destino..."

Ana. — (Interrumpiéndola) ¡La estatua de Niobe! Antes de morir, Antígona ve una estatua de piedra de la cual mana una fuente eterna de lágrimas. No leas más. Se diría que la muerte está por todas partes. Cierra el libro y sal a la galería a

contemplar las estrellas... Estoy cansada, muy cansada. Quisiera que también a mí el numen extendiera el sueño sobre mis párpados. (Se levanta). ¡Nodriza! ¡Nodriza! (pausa). No me oye... Se habrá dormido. Ella también está cansada. ¡Pobre vieja! No quiero despertarla. ¿Qué hay más dulce que un sueño profundo.

(Pausa). ¡Qué silencio hay esta noche! El viento se ha calmado y no respira ni un soplo... (Tiende la mano). Puede que Alejandro duerma también. Ningún ruido viene de su habitación... Cerró la puerta... (pausa). ¿Qué vas a hacer ahora, Blanca María?

Blanca María. — Esperaré a mi hermano.

Ana. — ¿Aquí sola?

Blanca María. — Sí, aquí sola.

Ana. — ¿Dónde estará Leonardo?

Blanca María. — ¿Dónde estará? ¿Por qué no vuelve todavía? (Pausa). Tengo miedo.

Ana. — No tengas miedo. La noche es suave... Ya no tardará en volver.

Blanca María. — Le esperaré.

Ana. — ¿Quieres que me quede contigo?

Blanca María. — No, estás demasiado cansada.

Ana. — ¿Quieres conducirme hasta el umbral? Solamente hasta el umbral. No quiero despertar a la Nodriza. Luego encontraré mi habitación yo sola.

(Blanca María le coge la mano y la conduce hasta el umbral).

Blanca María. — Pero, si todo está oscuro...

Ana. — Para mí siempre está oscuro.

(Asomada a la puerta). ¿Oyes la respiración de la Nodriza? No está tranquila. Su aliento indica ansiedad... Puede que se haya dormido en una mala postura. ¡Pobre Nodriza! (Escucha un momento. Luego abraza a Blanca María).

Gracias... ¡Adiós! Deja que te bese los ojos... (Los besa). Ahora vete en paz. Sal a la galería a contemplar las estrellas...

(Sale. Blanca María la sigue con la mirada algunos instantes. Luego sube lentamente a la galería y contempla el cielo estrellado. De pronto, se desploma a los pies de una columna, con la ligereza de un velo que se dobla, y rompe en sollozos).

Telón

Acto IV

La misma sala del primer acto. La gran galería está abierta. Anochece.

(Desde la galería, Leonardo contempla la Ciudad Muerta sobre la cual se ciernen las sombras vespertinas. Su aspecto es el de un hombre concentrado en el esfuerzo de una resolución extrema. Sus ojos, enrojecidos por la fiebre, contrastan con la palidez de su rostro. Se mueve convulsivamente mientras habla con una lucidez delirante).

Leonardo.— Las sepulturas... Ella podría caer en uno de los sepulcros, en lo más hondo... No, no, si quedara con vida, sufriría... ¡Oh! Sería horroroso, horroroso... (Se oprime las sienes con las manos. Desciende unos escalones con paso inseguro y da vueltas por la sala, presa de su idea letal). Y es preciso, preciso... Es preciso que ella deje de existir. ¡Ah! Si ella pudiera huir, desaparecer, lejos... Si su habitación estuviera vacía...

¡Vacía! Esta noche debe quedar vacía... Su respiración... Su respiración... (Se desploma sobre una silla, se pasa las manos por la cara, como para disipar una niebla, para ver claro). No hay salvación, no hay otro medio de salvación. Todo está bien pensado, ¿verdad? Todo está calculado... Él la ama... Y la otra piensa morir...

Y la mancha indeleble sobre mi alma... De pronto, se ha abierto un abismo. Todo ha quedado destrozado, de golpe, por ella, por ella... Ella está allá, tan dulce, y por ella todo este mal. Ya nadie puede vivir. Nadie se reconoce.

Un abismo abierto entre nosotros, que éramos una sola vida, una sola alma... No hay otra salvación, es el único camino... (Pausa. Se levanta, perseguido por su tormento). ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Ella vendrá aquí dentro de un instante... ¡Ah! La veré, le hablaré, oiré su voz. ¡Si, al menos, pudiera verla en la última hora como una hermana santa! ¡Si al mirarla por última vez, mis ojos se volvieran puros! ¡Si por última vez pudiera tomarla entre mis brazos sin aquel temblor, aquel horrible temblor...! Él la quiere.

¿Desde cuándo? ¿Qué ha ocurrido entre ellos? ¡Ah! ¡Dios mío!

¡Dios mío! Todo está corrompido en mí, infecto. Y esta sed que me devora. (Se oprime la garganta que le abrasa. Busca sobre la mesa si hay agua para beber. Llena un vaso y bebe ávidamente. De pronto, se sobresalta, herido por una idea repentina). ¡La Fuente!

(Pausa. Se apoya en la mesa, cegado por el relámpago de un nuevo pensamiento, con los ojos desorbitados. Entra Blanca María por la puerta de la derecha. Está abatida por un oscuro presentimiento).

Blanca María. — ¿Estas aquí, Leonardo? No sabía que hubieras vuelto...

Leonardo. — (Dominando su agitación). Sí, he vuelto hace un momento. Quería ir a tu lado, pero pensé que dormirías... ¿Has dormido?

Blanca María. — No, no he podido dormir.

Leonardo. — Debes de estar muy cansada.

Blanca María. — ¿Y tú?

Leonardo. — ¡Oh! Yo estoy acostumbrado a velar. Pero tú... ¿Por qué me has esperado hasta la madrugada? Allí, sentada sobre un escalón. ¿Por qué has hecho eso?

Cuando volví, cuando te miré, estabas muy pálida...

(Su voz tiembla con una ternura inesperada).

Blanca María. — Diste un grito...

Leonardo. — No sospechaba que estuvieras allí y te levantaste como un fantasma.

Blanca María. — Yo soy siempre un fantasma para ti, te doy miedo.

Leonardo. — (Desconcertado). No, no es verdad.

Blanca María. — ¿Por qué huiste ayer a la noche? Yo sé que huiste.

Leonardo. — ¿Que yo huí?

Blanca María. — Ana te llamaba y su voz era extraña...

Leonardo. — La noche era tan bonita y las horas pasaban tan deprisa. La noche del solsticio es muy corta. Y por la mañana quise oír el canto de las alondras. Si hubiera sospechado que tú me esperabas...

Blanca María. — Yo te esperaba llorando.

Leonardo. — ¿Llorando?

Blanca María. — Sí, llorando todas mis lágrimas por ti. ¿Crees que yo puedo vivir así un día más? ¿Un solo día? ¿Crees que yo puedo resistir esta tortura? Dime, por lo menos, lo que debo hacer. ¡Llévame contigo, sácame de aquí o procura que estemos solos...! Yo estoy dispuesta a obedecerte en lo que sea. Quiero estar sola contigo, como antes, aquí o donde sea. Te seguiré sin una queja. Pero, pronto, pronto, mañana mismo. Si te niegas, si retrasas un día más, tuya será la culpa de lo que pueda ocurrir. Piénsalo, Leonardo...

Leonardo. — (Escudriñándole la cara, muy pálido, con la voz ahogada). ¿De modo que tú le quieres? Dime, ¿cómo le amas? ¿Locamente? ¿Sin remedio?

Blanca María. — (Se cubre la cara). ¡Oh, Leonardo!

Leonardo. — (Fuera de sí). Y él... ¿te ha dicho que te quiere? ¿Cuándo? ¿Cuándo te lo ha dicho? ¡Contesta! ¿Crees que él te quiere sin remedio, sin salvación posible?

Blanca María. — (Siempre con la cara oculta entre las manos). ¡Qué pregunta!

(Leonardo va a hablar, pero se domina. Se aleja de ella, sin rumbo, se asoma a la puerta, a la galería. Luego vuelve al lado de su hermana).

Leonardo. — Perdóname. No te guardo ningún rencor. Tú no tienes la culpa. Tú eres pura, ¿verdad? Lo serás siempre. No conocerás la vergüenza...

Blanca María. — (Recobrando su valor, le echa los brazos al cuello). Sí, sí, Leonardo. Dime lo que hemos de hacer. Yo me he consagrado a ti desde que quedamos solos en el mundo. De aquí en adelante debo vivir solamente para ti. Dime lo que vamos a hacer. Estoy preparada.

Leonardo. — Te lo diré, pero no aquí. ¿Quieres que salgamos? ¿Quieres que vayamos a sentarnos allá... en la Fuente Perseia?

Blanca María. — Sí, vamos allá, pero abajo, en la Fuente, el aroma de los mirtos es tan fuerte que anoche me hizo daño.

Leonardo. — Esta noche no será tan fuerte, porque sopla el viento y lo dispersará.

Blanca María. — Entonces, vamos...

(Leonardo no puede moverse, paralizado por la angustia. Mira a su alrededor, como si fuera la última vez que lo viera todo).

Leonardo. — ¿No necesitas tomar algo de tu habitación? ¿No quieres cubrirte la cabeza?

Blanca María. — No, la noche es calurosa. Relampaguea hacia el golfo.

Leonardo. — (Indeciso). Puede que llueva...

Blanca María. — ¡Dios lo quiera! Pero, antes no había una nube en el cielo.

Leonardo. — Hoy también salió desde Fichtia una procesión camino de la ermita del Profeta Elías.

Blanca María. — Sí, oí los cánticos desde lejos... ¿Por qué me miras así?

Leonardo. — (Sobresaltado). Miro tus ojos cansados. Me dan pena. ¿Tienes sueño?

Blanca María. — No, ahora no tengo sueño. Dormiré más tarde, cuando todo se haya solucionado. Vamos... Tienes que decirme... Pero, ¿en qué piensas?

Leonardo. — ¿En qué pienso? ¡Oh! Un recuerdo extraño...

Blanca María. — ¿Qué recuerdo?

Leonardo. — ¡Oh, nada! ¡Una tontería! Pensaba en aquella piel de serpiente que encontramos en el camino subiendo a Micena por primera vez. ¡Qué tontería! No sé por qué me ha vuelto a la memoria.

Blanca María. — La conservo, ¿sabes? Sí, la he puesto entre las páginas de un libro como señal.

Leonardo. — ¡Ah! ¿La conservas? (Se acerca a ella y bajando la voz). Dime, ¿cuánto tiempo hace que no has visto a Ana?

Blanca María. — Hace unas horas.

Leonardo. — ¿Está en su habitación?

Blanca María. — Creo que sí.

Leonardo. — ¿Ella no te ha hablado nunca? ¿No te ha hablado nunca de estas cosas?

Blanca María. — (Baja la cabeza). Sí, ella lo sabe y sufre...

Leonardo. — ¿Cómo? ¿Cómo te ha hablado?

Blanca María. — Como una hermana, con la bondad de una hermana.

Leonardo. — ¿Te ha perdonado? ¿Te besó?

Blanca María. — Sí.

Leonardo. — (Agitado). ¿Y él? ¿Le has visto? ¿Le has visto desde anoche?

Blanca María. — No, no está aquí.

Leonardo. — ¿Te ha dicho Ana a dónde ha ido?

Blanca María. — A Naupilis.

Leonardo. — ¿Cuándo volverá?

Blanca María. — Quizá esta noche, dentro de poco... (Pausa). ¿Por qué miras así, detrás de mí?

(Se vuelve asustada).

Leonardo. — Nada, nada... Me parecía que alguien estuviera a punto de entrar por aquella puerta...

(Le indica la puerta que conduce a la habitación de Ana).

Blanca María. — (Después de escuchar). Puede ser que ahora venga Ana. ¡Vámonos!

(Le coge de la mano para llevarlo hacia la puerta de salida).

Leonardo. — ¿Viene Ana?

(Sigue a Blanca María con la cabeza vuelta hacia la puerta de la habitación de Ana, que en este momento se abre y aparece Ana seguida de la Nodriza).

Ana. — ¿Quién sale por las escaleras?

(Blanca María y Leonardo salen sin contestar). ¿Quién sale, Nodriza?

La Nodriza. — El hermano con su hermana.

Ana. — ¡Ah! Bajan las escaleras... ¿A dónde van? (Avanza hacia la puerta de salida seguida por la Nodriza. Desde el umbral, llama). ¡Blanca María! ¡Leonardo! ¿A dónde vais? (Nadie contesta).

¡Vete, Nodriza, alcánzalos!

(Sale la Nodriza. Ana, agitada, ansiosa, permanece al lado de la puerta, escuchando). ¿A dónde irán? No contestan... Y, sin embargo, tuvieron que oír mi voz... Apenas habían salido... Se diría que huían de mí... ¿A dónde?

¡Cómo me late el corazón! (Escucha con una mano sobre el corazón).

Leonardo me citó aquí a esta hora para hablarme. ¿Qué me dirá? ¿Qué podrá decirme? Presiento que algo grande se ha decidido... (Oye los pasos de la Nodriza). ¡Nodriza! ¿Vuelves sola?

La Nodriza. — (Entra jadeante). Los he alcanzado. Me han dicho que van a la Fuente Perseía y que volverán pronto.

Ana. — ¿No oyeron que yo los llamaba?

La Nodriza. — Iban muy ligeros, como si tuvieran prisa.

Ana. — ¿Se ha hecho ya de noche?

La Nodriza. — Sí, apenas se ve. Sopla un viento caliente que levanta el polvo. Relampaguea hacia el mar.

Ana. — ¿Se prepara un huracán?

La Nodriza. — A pesar de los relámpagos, el cielo está despejado.

Ana. — ¿Cuándo volverá Alejandro?

La Nodriza. — Esta es la hora...

Ana. — Esperemos. (La Nodriza la hace sentar y se instala a su lado sobre un taburete bajo. Las dos permanecen silenciosas. Una larga pausa. Ana está muy atenta y vibra al menor ruido). ¡Oyes? ¿Oyes, Nodriza? ¿Quién toca? Parece una flauta...

La Nodriza. — Es un pastor que pasa de largo.

Ana. — ¡Qué dulcemente toca! Debe de ser una flauta.

La Nodriza. — Sí, es una flauta de caña.

(Ana escucha durante unos instantes).

Ana. — Es una melodía antigua que creo haber oído no sé cuándo...

La Nodriza. — Ese pastor ha pasado por aquí otras veces.

Ana. — No, me parece haberla oído en un tiempo del cual no guardo memoria... Es como si tú me contaras ahora una de tus antiguas fábulas.

¡Cuántas, cuántas cosas caben en el sonido de una pequeña caña!

Tengo el corazón hinchado, Nodriza, me pesa como una roca. ¿Crees que ellos se habrán cruzado con el pastor? Quiero decir, Blanca María y su hermano.

La Nodriza. — Quizá.

Ana. — (Con ansiedad). ¿Cómo estaban? ¿Los has mirado bien? ¿Qué cara tenían?

La Nodriza. — No lo sé muy bien. ¿Qué cara habían de tener?

Ana. — ¿Estaban agitados, tristes?

La Nodriza. — Me pareció que tenían prisa.

Ana. — Pero, él, el hermano... ¿No le miraste la cara?

La Nodriza. — No me acerqué. Ellos seguían andando.

Ana. — ¿Cuál de los dos iba delante?

La Nodriz. — Creo que iban cogidos de la mano.

Ana. — ¡Ah! Se cogían de la mano... ¿Y tenían el paso seguro?

La Nodriz. — Iban de prisa.

(Pausa. Ana está triste y pensativa).

Ana. — Y Alejandro no vuelve...

La Nodriz. — Esta es su hora. Ya debe de estar cerca.

Ana. — (Se levanta impaciente). Sube a la galería, Nodriz y mira...

(La Nodriz sube a la galería para explorar el camino).

La Nodriz. — ¡Qué viento más caliente! Es como si saliera de un horno... Me parece ver a un hombre a caballo por el camino...

Ana. — ¿Es Alejandro?

La Nodriz. — Sí, sí, es el señor. Aquí está.

(Baja los escalones).

Ana. — Vete, Nodriz. Asegúrate de que todo esté arreglado en su habitación. No vengas si no te llamo. ¿Hay todavía algo de luz aquí?

La Nodriz. — Casi no se ve.

Ana. — Trae una lámpara.

(La Nodriz sale por la izquierda. Ana escucha ansiosamente los pasos de Alejandro por las escaleras. Entra Alejandro. Está tan ensimismado en su pensamiento doloroso, que no se da cuenta de la presencia de Ana y se dirige a sus habitaciones). ¡Alejandro!

Alejandro. — ¡Ah! ¿Estás aquí, Ana? No te había visto. Es casi de noche.

Ana. — Te esperaba.

Alejandro. — Se me ha hecho un poco tarde. En el camino el viento levantaba un polvo tan denso, que resultaba difícil avanzar. Es el soplo del desierto. La noche parece descender como una nube de ceniza encendida... ¿Dónde está Leonardo?

Ana. — Ha salido hace poco con su hermana.

Alejandro. — (Con voz insegura). ¿No sabes a dónde han ido?

Ana. — Han bajado a la Fuente Perseia.

(Entra la Nodriz con la lámpara encendida, pero antes de que la coloque sobre la mesa, un golpe de viento la apaga. Detrás de ella, la puerta se cierra violentamente).

La Nodriz. — ¡Vaya! ¡Se me ha apagado! Hay que cerrar la puerta de la escalera. El viento es cada vez más fuerte...

(Cierra la puerta y vuelve para encender la lámpara. A su luz se ve el rostro de Ana que expresa un terror indefinido. Tiende el oído hacia la galería abierta, como si intentara captar unos gritos lejanos. La Nodriz sale por la izquierda, cerrando la puerta tras ella).

Ana. — Alejandro, acércate, escucha... (Él se acerca, inquieto). ¿No oyes? ¿No te parece oír...?

Alejandro. — ¿Qué? (Ana no contesta). Es el viento que silba en las brechas de las murallas y por debajo de la Puerta de los Leones.

Ana. — ¿Se está preparando un huracán?

Alejandro. — (Sube rápidamente a la galería). No, el cielo está despejado. Empiezan a salir las estrellas. La hoz de la luna está en la cumbre de la Acrópolis... El viento zumba de un modo extraño... A través de la Ciudad Muerta... Quizá se infiltre por los hoyos de los sepulcros... Parece un redoble de tambores. ¿No oyes? (Baja los escalones. Ana le coge del brazo, presa de una inquietud implacable).

¿Qué tienes, Ana?

Ana. — Estoy inquieta. No puedo vencer esta ansiedad que me ahoga... Pienso en los dos, allá...

Alejandro. — (Con terrible emoción, porque ha interpretado mal las palabras de Ana). ¿Por qué? ¿Es que tú sabes...? ¿Tú sabes algo? ¿Tú conoces la cosa horrible?

¿Quién? ¿Quién ha podido decírtela? ¿Leonardo? ¿Leonardo te ha hablado? ¿Cómo ha podido él, él a ti?

Ana. — (Confusa). ¿Pero, qué has entendido? ¿Qué te figuras? No, no, él no me ha hablado, no me ha dicho nada... Yo, yo le hablé anoche aquí... Yo lo sabía... Era yo quien lo sabía, pero sin una queja, sin rencor, Alejandro... Alejandro...

Alejandro. — ¿Tú, tú le has hablado de esa cosa horrible? ¿Has tenido el valor de hablarle de eso, Ana? Pero, ¿cómo, cómo lo sabías tú?

Dime, ¿cómo lo sabías? ¿Cómo pudiste penetrar su secreto, mientras que yo mismo, hasta ayer noche, no tenía una sombra de sospecha...? Dime, ¿cómo?

Ana. — (Siempre desconcertada). ¿Su secreto? ¿De qué me hablas? ¿De qué cosa horrible me estás hablando tú, Alejandro?

Alejandro. — (Alterado al comprender su error). Yo entendí...

Ana. — ¿Hay algo más? ¿Es que hay algo más?

Alejandro. — (Cogiéndole la mano, intenta dominar la emoción que le ahoga). Escúchame, Ana... Tú que sabes soportar el peso del dolor, sea el que sea... Tú que no has tenido nunca miedo al sufrimiento y conoces todas las tristezas de la vida, escúchame... Estamos en una hora grave, muy grave. Un vértigo violento nos empuja a no sé qué final. Somos presa de una fuerza oscura invencible. ¿Tú sientes, Ana, tú sientes que un nudo atroz nos aprieta y es preciso cortarlo?

Hasta este momento, hemos evitado hablar, porque, tanto tú como yo, sabíamos que toda palabra era inútil. Sólo el silencio nos parecía el modo digno de nosotros y de lo que fuimos, de aceptar la desventura. Ahora todo se precipita. Ha llegado, para cada uno de nosotros, el momento de mirar cara a cara el destino. No vale cerrar los ojos. Todo lo que es, era necesario, preciso. Y yo te pido, Ana, la verdad. ¿Qué ocurrió anoche? Te pido la verdad.

Ana. — La verdad... ¿De qué vale la verdad? ¿Para qué sirve? En ciertas horas de la vida, nadie sabe qué palabras se deben decir y cuáles se deben llevar consigo bajo tierra. Ayer pedí perdón a Leonardo por haber hablado y ahora te pido perdón a ti, Alejandro. Has dicho bien, muy bien. Sólo el silencio es digno. Para salvar a una persona, era preciso no interrumpir el silencio. Pero él estaba ahí.

Muchas, muchas veces lo había sentido sufrir, sufrir cruelmente. Me parecía que yo, sólo yo era la causa de tanta angustia. Sólo yo era un estorbo y me dejé llevar del deseo fraternal de consolarlo, de hacerle un bien. Quise demostrarle que lo había comprendido todo y que todo estaba resuelto. Y anoche, cuando se me acercó en un momento de abandono, sentí que necesitaba confiarse a mí. Parecía haber llorado, como si algo en su corazón se hubiera, al fin, disuelto en lágrimas... Las estrellas le parecían hermosas. No pude resistir el impulso de hacerle un bien y le hablé. Le hablé de esa pobre criatura y de ti. Quise librar a su alma de toda amargura, de todo rencor injusto hacia esa pobre criatura, que no tiene otra culpa que la de amar y ser amada. Y le hablé de ella y de ti, sin quejarme, sin humillarme, pero dándole una esperanza...

Alejandro. — (Alterado). ¿Una esperanza? Y él, ¿crees que él ya lo sabía? ¿Te pareció, Ana, que él estaba enterado? ¡No es posible! ¡No es posible! Poco antes me había hablado a mí...

Ana. — (Desconcertada). ¿No lo sabía? ¿No lo sabía? (Al recordar su conversación con Leonardo, descubre indicios que no había advertido antes y su mente se ilumina de pronto. Ahora su exclamación suena como una sospecha oprimida).

¡Ah! ¡Puede ser! Él me decía que no comprendía... Sí, sí, me preguntaba una y otra vez: "¿Estás segura?... ¿Estás bien segura?"... Y después... Pero, entonces, hay otra cosa... Otra cosa... Dime, ¿es que hay otra cosa?...

(Alejandro da vueltas por la habitación como quien busca una salida y no la encuentra).

Alejandro. — (Consigo mismo). ¡Después de lo que él me había revelado a mí!

Ana. — Ahora, dime tú la verdad, Alejandro. Te pido la verdad.

Alejandro. — ¿Y qué hizo él? ¿Qué hizo? ¿A dónde se fue?

Ana. — Huyó... Fue por su hermana que no volvió hasta esta madrugada... Hasta la madrugada ella le estuvo esperando.

Alejandro. — Huir... Huir... Se diría que no se puede hacer otra cosa más que huir. (Se mueve indeciso, no sabiendo qué hacer). ¿Cuándo volveremos a mirarnos a los ojos?

Ana. — (Impaciente). Pero, ahora, dime tú la verdad.

Alejandro. — Y han salido juntos... Han bajado a la Fuente Perseia... ¿Cuánto tiempo hace que se fueron?

Ana. — Pocos minutos antes de volver tú.

Alejandro. — Juntos... Juntos... Allá... (Su agitación crece por momentos). ¿Y estaban aquí contigo antes de salir? ¿Qué decían?

Ana. — No, yo entré cuando ellos ya bajaban las escaleras. Los llamé, pero no me contestaron. Mandé a la Nodriza para alcanzarlos.

Alejandro. — Bien, ¿y entonces?

Ana. — Le dijeron que bajaban a la Fuente Perseia y que volverían pronto... Pero, dime, ¡dime!

(Coge del brazo a Alejandro mientras él sube a la galería. Suben juntos y desaparecen en la sombra. Pasados unos instantes, él vuelve solo y, como obedeciendo a un impulso instintivo, baja precipitadamente las escaleras de salida. La ciega aparece entre las columnas de la galería. Presa de terror, intenta seguirle). ¡Alejandro!... ¡Alejandro!... (Nadie contesta. Ella tantea en el vacío. Tropeza con una de las columnas. Sosteniéndose en ella, va bajando los escalones). ¡Alejandro! ¿Se ha marchado? Estoy sola... ¡Dios mío, dame tu luz!

(Guiada por el viento que entra por la puerta abierta, llega hasta el umbral. Apoyándose en el quicio, da un paso hacia la escalera y desaparece en la oscuridad).

Telón

Acto V

Al borde de la Fuente Perseia junto a un bosquecillo de mirtos, se halla el cadáver de Blanca María, supino, rígido y blanco. El vestido mojado se adhiere a su cuerpo; los cabellos empapados de agua le envuelven el rostro como un vendaje. Tiene los brazos extendidos a lo largo de sus caderas. Los pies juntos, como los de las estatuas sepulcrales yacentes sobre los sarcófagos.

(Alejandro, sentado sobre una roca, con los codos apoyados sobre las rodillas, las sienes entre las manos, contempla fijamente a la muerta, silencioso, en una inmovilidad aterradora. Al lado opuesto, Leonardo está de pie, apoyado en una roca a la cual sus dedos se agarran convulsivamente, como los de un náufrago arrastrado por un remolino. En el silencio mortal, sólo se oyen el correr del agua de la fuente y el soplo del viento que mueve las ramas de los mirtos. De pronto, Leonardo se aparta de la roca y se arrodilla al lado del cadáver).

Alejandro. — (Con un gesto rápido y un grito imperativo, lo detiene). ¡No la toques! ¡No la toques!

Leonardo. — (Sin levantarse del suelo, contempla el cadáver con una intensidad sobrehumana de dolor y de ternura. Su voz desgarrada y ronca es irreconocible). No, no la toco. Ella es tuya, tuya. ¿Crees que yo la profanaría si la tocara?

No, ahora soy puro, el más puro de los hombres. Si ahora ella se levantara, podría pisar mi alma como nieve inmaculada. Si ella resucitara, todos mis pensamientos serían para ella como lirios. ¿Quién podrá decir en este mundo que ha amado a una criatura como yo amo a ésta? Ni siquiera tú, ni siquiera tú la amas tanto como yo. No hay amor igual al mío sobre la tierra.

Toda mi alma es un cielo para esta muerta. (Su voz tan pronto es impetuosa y ardiente, como suave y trémula de ternura). ¿Quién, quién habría hecho por ella lo que yo he hecho? ¿Habrías tenido tú el valor de cometer este acto atroz por salvar su alma del horror que la amenazaba? Tú la quisiste, sí, la quisiste con todas las fuerzas de tu alma, porque así es como había que quererla a ella, pero tú no sabes, no sabes el alma que ella tenía... Todas las bondades de la tierra, toda la lozanía, toda la belleza que tú mismo no has podido soñar, estaban en su alma. Todas las mañanas, cuando se despertaba, todas las brisas de la primavera acariciaban su alma y la hacían florecer... Todas las noches, las cosas vividas durante el día se depositaban en su alma y ella las cribaba y mezclaba para ofrecérmelas, como se ofrece el pan... Así, durante largo tiempo ella me ha alimentado; con ese pan me alimentaba al final de cada día... Ella sabía convertir la más tenue de sus sonrisas en un tesoro de felicidad.

¡Tú no sabes, no sabes qué alma tenía! Ninguna otra criatura podía igualarla sobre la tierra... No había una sola gota amarga en toda su sangre... (Está tiritando. Su estado es tan lastimoso, que Alejandro hace ademán de acercarse a él, pero no puede moverse). Hace un momento, toda su vida frágil temblaba en sus cabellos bajo mis manos... Cuando se inclinó sobre la Fuente para beber, oí el primer sorbo de agua deslizarse por su garganta... Me pareció que ella bebía en mi corazón, que con aquel sorbo la penetraba todo el dolor sufrido, toda mi existencia vergonzosa, todo conocimiento, toda memoria, mi ser entero... Yo estaba vacío, vacío y ciego cuando me arrojé sobre ella... Detrás de mí la muerte me empujaba con sus rodillas de hierro... El mundo había desaparecido. Mil siglos... Un instante... Y yo estaba allí sobre las piedras y el agua se agitaba todavía por sus convulsiones y sus cabellos, sus cabellos rodeaban su cabeza sumergida... ¡Ah! ¿Quién, quién hubiera hecho por ella lo que yo he hecho? La levanté y volví su rostro hacia mí... Volví a ver su rostro. "Todo su rostro latía entre sus cabellos como un pulso violento". Eso, eso dijo anoche Ana, ella que la tuvo entre sus manos, que la sintió palpitar entre sus manos. Y yo he vuelto a ver su rostro que ya no latía, su rostro frío que chorreaba... Y he bajado sus párpados sobre sus ojos, más suaves que una flor sobre una flor... Y toda mancha ha desaparecido de mi alma. Me he vuelto puro. Toda la santidad de mi amor primero ha vuelto a inundar mi alma, como un torrente de luz...

Su bondad, siempre su bondad, aun a través de la muerte... Para poder volver a amarla así, la he matado... Para que tú pudieras quererla así, ante mis ojos, tú, unido a mí, sin crueldad, sin remordimiento, por eso la he matado...

Ahora eres mi hermano en la vida y en la muerte, para siempre unidos por este sacrificio que te he hecho. ¡Mírala! ¡Mírala! Es perfecta. Ahora es perfecta. Ahora, podemos adorarla como una criatura divina. Yo la colocaré con infinito cuidado en el más profundo de mis sepulcros y la adornaré con todos mis tesoros. Para ti, adorada mía, todo lo que resplandece, para ti siempre lo más puro. ¡Si nosotros pudiéramos, por un instante, volver a encender tu rostro pálido con toda nuestra sangre, para que vieras, para que oyeras el grito de nuestro amor y de nuestro dolor! (Se inclina sobre la muerta. No pudiendo resistir más, Alejandro se le acerca y le pone una mano sobre la frente. Leonardo parece aliviado por este gesto. Su voz se va apagando). Deja que bese sus pies, sus pequeños pies...

(Inclina la cabeza sobre ellos y permanece inmóvil. Alejandro se arrodilla a su lado. Durante este silencio sólo se oye el correr del agua de la Fuente. Leonardo levanta la cabeza y queda con los ojos fijos sobre los pies inertes).

Un día ella estaba a la orilla del mar sentada en la arena con la barbilla apoyada sobre las rodillas...

Soñaba, soñaba sus hermosos sueños... Envolvía sus pies flexibles con sus trenzas sueltas... El mar dormía ante ella, como un niño inocente, con su leve respiración... (De pronto se sobresalta, herido por un recuerdo). ¡Aquel día

maldito! Ante el fuego de la chimenea... (Se inclina otra vez hasta el suelo). ¡Perdóname! ¡Perdóname!

(Alejandro, inquieto, se vuelve hacia el sendero. De pronto, se levanta).

Alejandro.— ¡Un paso! Me parece oír un paso... Escucha... (Leonardo se levanta sobresaltado. Los dos escuchan, reteniendo la respiración). No, puede que me haya engañado... Quizá sea el viento... Su soplo entre los mirtos... O unas piedras pueden haber rodado por el valle.

Leonardo.— El corazón me late demasiado fuerte, me aturde el oído... No oigo otra cosa.

(Alejandro se acerca a las rocas del fondo, espiando. Sólo se oye el correr del agua de la Fuente).

Alejandro.— (Volviendo hacia Leonardo que está ensimismado ante el cadáver. Le sacude). ¿Qué haremos ahora? Será preciso llevarla de aquí... ¿A dónde la llevaremos?

¿A casa? ¿Y Ana? ¿Qué le diremos a Ana?

Leonardo.— (Aturdido). Ana...

Ana... Ella me espera. Me espera a la misma hora. Me prometió esperarme... Me lo prometió... Me lo prometió ayer noche...

Alejandro.— ¿Qué es lo que te prometió?

Leonardo.— Esperarme, prometió esperarme.

Alejandro.— ¿Esperarte? ¿Dónde? ¿Para qué?

Leonardo.— Ella pensaba... Ella quería...

Alejandro.— ¿Qué quería?

Leonardo.— Quería desaparecer... Desaparecer.

Alejandro.— ¡Ah! (Pausa. Los dos vuelven a mirar hacia el sendero).

¿Qué le diremos? ¿Qué haremos ahora? ¿Quieres quedarte aquí? Yo voy... Voy a buscar... Una sábana...

Leonardo.— (Presa de un terror incontenible). No, no, no te vayas, no me dejes. Quedémonos aquí, quedémonos todavía aquí...

Alejandro.— Pero, Ana... Ana...

(Se sobresalta). Alguien viene, alguien se acerca... Un paso... He oído un paso... Si fuese...

Es preciso esconderla... Llémosla allá, entre los mirtos, en lo más tupido... Leonardo, ¿no me oyes? (Lo sacude. Leonardo parece petrificado). Llémosla allá, entre los mirtos... Yo la levantaré por los hombros... Despacio... Despacio...

(Se inclina para levantar el cadáver por los hombros, mientras Leonardo se inclina para levantarla por los pies. En ese momento se oye la voz de la ciega por el sendero).

Ana. — ¡Blanca María! ¡Blanca María! (Los dos dejan el cadáver y permanecen inmóviles de terror).

¡Blanca María! (Aparece entre las rocas del fondo, sola, tanteando en la sombra. Como nadie contesta, sigue acercándose a la Fuente, llena de angustia).
¡Alejandro! ¡Leonardo!

(Avanza hacia el cadáver, está a punto de tocarlo con el pie. Los hombres son incapaces de hacer el menor gesto, hasta el instante en que Ana tropieza con el cadáver de Blanca María).

Alejandro. — ¡Detente!, Ana, ¡detente!

(Pero Ana ha sentido el contacto del cuerpo inerte y se inclina sobre la muerta, palpa con sus manos su carne helada, hasta llegar al rostro, a los cabellos mojados. Se estremece y exhala un grito agudo, aterrador).

Ana. — ¡Ah! ¡Veo! ¡Veo!

Fin de la obra